





**Concierto para Destino**  
**y**  
**Concierto para Desesperanza**

Jorge Trejo



**EDITORIAL LAMM**

© 2013, Jorge Trejo

© De esta edición:

Centro de Estudios para la Cultura y las Artes Casa Lamm, S.A.  
Álvaro Obregón 99 Col. Roma Del. Cuauhtémoc C.P. 06700

ISBN: 978-607-96280-0-0

Diseño de libro: WR Servicios Editoriales.

Ilustración: Recordando a Robert Rauschenberg.  
Autor: Enrique Cattaneo, pintor de Casa Lamm.

Primera edición: noviembre 2013

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra.

Agradezco a los profesores y a mis compañeros con quienes compartí los diversos talleres de narrativa y corrección de textos.

A Cecilia Urbina, Ramón Moreno y Héctor Enrique González, por sus comentarios y observaciones.

A Gabriel Schultz, Yamilet García, Jorge Luján y Juan Antonio Rosado, ya que fueron los profesores de quienes más aprendí respecto a cómo escribir y corregir un cuento.

A Ixchel Lázcars, Fabián Cuéllar y Alejandra Valverde, quienes en la última etapa de preparación de este libro lo corrigieron y me dieron valiosas observaciones.

A Ángel Gerardo, por resolverme mis varias dudas musicales. Por su amistad, ya habrá otro texto para dedicárselo y no sólo agradecerle.



*A Martha y a Jorge.  
Gracias por todo su apoyo,  
con cariño...*





## ÍNDICE

Introducción.....	11
I. Preludio.....	15
Concierto para Destino y Orquesta.....	25
Corazonada.....	27
Folies Bergère.....	38
Espíritu Santo.....	42
...dándonos su bendición.....	47
La mirada, una pendiente, París, con todo decidido.....	54
II. Interludio.....	65
Intermedio.....	67
Tus manos.....	69
III. Interludio.....	73
Concierto para Desesperanza y Orquesta.....	75
East River.....	77
Una hora.....	81
Tal vez era Ella.....	84
Manzana y Canela.....	92
Caigo-Desaparezco.....	97
IV. Interludio.....	105
Esperanza.....	107
Supe lo que esperabas al verte dentro del café.....	109
Final.....	113



## INTRODUCCIÓN

De una lectura de los cuentos aquí reunidos, me llamó la atención que uno de los temas más repetidos es la desesperanza. Al escuchar diversas opiniones, surgió el tema de que en los textos también se desprende el halo de lo inevitable. Es decir, el destino. Decidí reunirlos bajo estos dos conceptos: desesperanza y destino.

No quería que estuviesen desligados entre sí ¿cómo hacer entonces para que formaran un gran todo? La idea de un recital surgió a raíz de mi interés en la música —¿es buen momento para confesar que es para mí la más bella de las artes?, quizá no lo sea— y así poder inmiscuir al lector no sólo en cuanto a una experiencia de mera lectura y de lo que podrían trascender en él los cuentos, sino también, por así decirlo, darle la batuta para que decida el ritmo que mejor acomoda a los relatos. Si bien las notas (las letras) en una partitura (la hoja) son siempre las mismas, el tiempo (cadencia de lectura, pausas) e intensidad son a discreción de quien la interpreta (el lector) bajo una directriz general del autor.

La base en una ópera es la música. La literatura aparece en el argumento y los diálogos cantados de los personajes. En este caso es lo opuesto, la base es la literatura: la tesis es el recital; los temas (destino y desesperanza), los conciertos; los cuentos, los movimientos y el lector es el director de orquesta y también el público.

Los límites de las artes existen más a nivel teórico que práctico. Pienso que la pintura, la música, la literatura, la escultura, el cine, la danza, el teatro, la ar-

arquitectura, la fotografía, etc., están más que abiertas a buscar convergencias, para así cuestionar por un lado y hacer más bellas por el otro, la realidad y nuestra vida. Dos de los tantos fines que para mí tiene el Arte.

*¡Actúa en vez de suplicar!  
¡Sacrificate sin esperanza de gloria ni recompensa!  
Si quieres conocer los milagros, hazlos tú antes.  
Sólo así podrá cumplirse tu peculiar destino.*

Ludwig van Beethoven



## PRELUDIO

### I

19:50. En diez minutos se cierra el acceso.

Te colocas al lado del escenario. La sala está prácticamente llena, lo cual te sorprende, esperabas máximo la mitad del aforo. Hace casi dos años que no te presentas en ningún recinto.

Un flautista se rasca un costado por dentro del esmoquin; el pianista calienta las manos con aliento; una de las violinistas tiene la media corrida, nadie se percatará de ello. Tu asistente, Marco, se para frente a ti, acomoda el cuello de tu camisa y te da una palmada al hombro.

—¿Y la batuta?— interroga. Increíble, la has olvidado.

Regresas a paso rápido al camerino, faltan siete minutos para las ocho. Ahí está, afuera de su estuche, es la misma que has usado desde hace un lustro. No se alcanza a oír ni el sonido de los músicos afinando sus instrumentos, ni el murmullo del público, sólo el segundero del reloj adosado a la pared. En su centro, en pequeño, está la fecha. Hace dos años. Hace dos años fue jueves, llegaste a casa, extrañamente vacía, luego de un ensayo. Llamaste a tu esposa. Nada. Ni un ruido. Una hora después, cuando el miedo era certero al haber visto el clóset medio vacío de ropa, encontraste la carta bajo la almohada.

Tocan en la puerta del camerino, Marco advierte que faltan tres minutos y que la gente está ya en sus lugares. Contestas algo sin dejar de mirar la fecha. Fue él a quien primero le hablaste. A pesar de que te comentó

que sería lo mejor para sacar el dolor, no lloraste. ¿Qué es lo que sentías? Quizá aún ahora no lo sepas del todo, aunque sin duda lo tienes más claro luego de lo que compusiste para la noche de hoy, tu regreso.

—¿Estás bien?— se oye del otro lado de la puerta.

Aquella noche le pediste que leyera la carta de tu esposa. Al terminar la arrebataste de sus manos y la hiciste trizas para luego tirarla por el escusado. A unos cuantos pedazos no se los tragó. Jalaste de nuevo la palanca, nada, y de nuevo y de nuevo sin poder razonar que debías esperar a que el tanque se llenara. Jalaste y jalaste, desesperado, pues el agua ya ni siquiera lo intentaba. Marco entró al baño y entonces sí lloraste. Lo único que se quedó en tu cabeza fueron unas pocas palabras de aquella carta: que no te quería dar Esperanza a futuro y que hicieras tu vida, lo harías bien; que quizá era Destino, ambos cometieron errores que desembocaron en eso, era inevitable. Estaban así, Esperanza y Destino, con mayúsculas.

Tu asistente vuelve a tocar la puerta. Le abres y te pregunta si estás nervioso. Fueron cerca de ocho meses en los que no pudiste acercarte a ningún instrumento, ninguna partitura... hasta ese día en que redescubriste, tras una lona en la esquina del ático, el baúl de tus abuelos, lleno de memorias, sobres rotos —algunos con las cartas aún dentro—, un boleto de tren, fotos pequeñas en blanco y negro, toda una vida.

—¿Te acuerdas aquél día que marqué a tu casa a las cinco de la mañana y te pregunté si estabas despierto? —Marco contesta que sí, vaya susto que le pegaste—. Ese día escribí el primer movimiento del concierto; un baúl logró sacarme del marasmo emocional en el que me encontraba— le explicas.



—Hoy en mi casa, con un brindis por el éxito que será el concierto, me contarás eso, ¿te parece?

Asientes con la cabeza y se dirigen de nuevo hacia los laterales del escenario.

Repasas la relación de las melodías con tu vida: el baúl, tu pasión ciclista, el día que corraste con los toros en Pamplona, la pintura del Folies de Manet, aquella noche vagando de madrugada por Madrid, tu tía y sus dos perras, el baile al que fuiste con tu esposa cuando todo estaba por explotar... y aquel movimiento final que incluso ensayaron pero que decidiste, de último momento, dejar fuera del programa.

Marco te da una palmada y un deseo de éxito. Son las ocho con dos minutos cuando apareces en el escenario. El público se levanta, la sala está llena. Los aplausos son acompañados por pizzicatos, baquetas y los nudillos del pianista sobre la caja. La expectación es grande desde que anunciaste la velada. Los asistentes están por escuchar la presentación de tus dos más recientes conciertos: Concierto para Destino. Concierto para Desesperanza. Los dos conceptos y emociones y pensamientos, que han ocupado tu ser desde hace dos años.

—Pero ¿es para piano, violín...?— preguntó una reportera en la conferencia de prensa hace unas semanas.

—No, no, es para Destino, para Desesperanza— contestaste muy seguro, como si eso bastara para explicarlo todo.

Las luces no te dejan ver muy bien las butacas del fondo derecho, donde deben de estar los amigos. Abajo, en la tercera fila, están tus tíos. Hay por doquier hombres relamidos y mujeres perfumadas.

Tu esposa hablaba en la carta de perder la esperanza. Hablaba, en sí, de la desesperanza. Aquella espesa que tuviste que cargar —quizá aún ahora lo hagas— durante los días encerrado para terminar estos conciertos. La desesperanza y la rabia, porque tal vez era destino la gradual pero inevitable separación de ella ¿qué jodido destino te quita lo más importante de tu vida? Ni siquiera valió la pena. Tanto que rezaste para que al menos fuese feliz con aquel imbécil con quien se fue. Y nada. Te enteraste que hace cerca de un año había terminado su relación. ¿No valió para realmente nada el sufrimiento? Y sí, tuviste que aceptar que no sólo fue ella; como en toda relación, los errores fueron mutuos.

Nunca abierto desde que murió tu madre, leíste por curiosidad, en un libro que ojeaste durante un descanso en tu estudio, que el destino es la acción necesaria que el orden del mundo ejerce sobre cada ser particular... ¿Eso que te sucedió era un orden? ¿No te rompiste la cabeza tratando de entender aquellas acciones o cosas que dejaste de hacer y que fueron en detrimento de la relación? ¿Y las que ella hizo para acabar así? ¿Eran inevitables? ¿De qué sirve tener esperanza cuando todo está dicho o dado, cuando todo tiene ese supuesto orden? Pensabas que el tener esperanza era lo que nos hacía humanos. Ahora crees que es más bien la estupidez: es estúpido tener esperanza cuando todo tiene su sentencia y no hay nada que se pueda hacer al respecto. Estabas más de acuerdo con Freud: poderes oscuros, insensibles y sin amor determinan el destino humano.

En la sección de prensa, a tu izquierda, los aplausos son prácticamente nulos. Cabrones. Críticos que jamás han estudiado música, no saben tocar un instrumen-

to y se las dan de conocedores. Ahí está la guapa periodista que te entrevistó la semana pasada para la sección cultural del periódico que lees. Hoy salió publicada:

—Se estrenan tus dos más recientes composiciones: Concierto para Destino y Concierto para Desesperanza...

—Sí, no ha sido fácil, ha sido un ejercicio para exorcizar dos sentimientos, dos ideas, que me han atormentado durante muchos meses. No ha sido fácil.

—No es común que sean tantos movimientos en cada concierto...

—No me viene a la mente ninguno de Mozart que pase de tres, pero en cambio, el Concierto para Piano número dos de Liszt tiene seis movimientos. Escribí los que creo son necesarios para envolver al público en ambos conceptos. Tres hubiesen sido muy pocos; más de cinco, demasiados. No quiero que terminen y la gente acabe exageradamente apesadumbrada, melancólica. Son los que necesitaba.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Según Fromm, el destino del hombre es su carácter. El carácter del individuo es la motivación para la toma de decisiones respecto al entorno que vive. Ahora bien, también he leído que antiguamente se hacían divisiones: el destino y la providencia, aunque en general, aquél dependía de ésta. Las acciones del libre albedrío humano se encuentran en el destino, así que de todos modos había, por así decirlo, un destino superior que rebasaba cualquier intento por cambiar las situaciones. Vamos, si incluso el destino griego, las Moiras, muchas veces actuaba y los dioses no podían hacer nada, pues qué podemos esperar contra él los mortales.

—Tuviste un acercamiento poco usual a los temas para hacer un trabajo de este tipo.

—Quise recabar información y no sólo quedarme con mis propias nociones acerca de los conceptos. Una de las nociones más interesantes que leí fue la de Jaspers, él dice que el destino es la aceptación del Yo, y que hay que amarlo como a uno mismo: sólo en él estoy consciente de mi existir. Una maravilla.

—Entonces ¿sí hay un orden mayor que determina nuestros actos?

—Las corrientes filosóficas actuales, más que de orden, hablan de situaciones. Como un destino en pequeño. Tal vez eso lleve a pensar en un gran destino como última estación, o como conjunto de todos estos pequeños destinos, pero eso ya es idea mía.

—¿Y el ser humano es consciente de esto?

—Antes se pensaba que no, que el ser humano no se percataba de ese gran orden, que el destino era ciego. Ahora con lo que te comenté de Jaspers, más bien se toma la posición de que no es ciego al hacerse un reconocimiento y aceptación de las situaciones. En especial esto fue lo que me hizo abrir los ojos y poder empezar a trabajar en los movimientos, en las piezas que conforman estos conciertos. Claro que son teorías y te estoy hablando de las mayoritarias. Si la gente en general tiene muy diversas opiniones sobre el tema, dentro de los filósofos no tendría por qué ser diferente.

—Así que nunca llegaremos a estar todos de acuerdo.

—Es imposible, la idea de destino es quizá más antigua que las religiones. Me atrevería a decir que la idea no sólo es anterior, sino también que fue ella quien dio origen a las religiones en un intento por ordenar esa impresión de azar, a veces confusión, que es la vida humana desde hace miles de años.

—¿Eso es lo que intentas con las piezas del concierto?

—Quizá... quizá en el sentido de organizar ese caos que he vivido estos meses alejado de la escena. Los motivos varían bastante; por un lado tenemos el gran tema, o el tema de fondo, del destino. Y por otro tenemos el de la desesperanza.

—Hablemos ahora de ella. ¿Por qué específicamente la desesperanza y no la esperanza como podría ser lógico en primera instancia?

—No voy a entrar en los detalles del porqué surgió. Sin embargo, te puedo decir que si bien la palabra, la idea inicial, sí era la esperanza, luego de mucho cavilar me percaté de que en realidad lo que estaba intentando asimilar era la desesperanza. No quería abrir los ojos ante esa espesa (y recalco espesa, porque creo que no hay mejor adjetivo) sensación que da la desesperanza. Saber que no importa lo que suceda, no importa lo que se haga, no hay manera de salir, no hay luz.

—¿En ese caso no estamos hablando de un destino?

—Yo creo que la desesperanza es el último destino. El último.

—Pero el tener esperanza puede llevarnos a un cambio de actitud y eso, ¿no modificaría el destino?

—Al destino lo considero algo, por así decirlo, semiajeno a lo humano. Independientemente de que haya esperanza o no, el destino va a suceder. Lo que cambia es nuestra actitud ante él; lo que depende de nosotros, como seres humanos, es la esperanza, tenerla o no tenerla. Aún perdiéndola, ese destino nos puede jugar una buena pasada y ser favorable a pesar de que nosotros nos dábamos ya por perdidos. O viceversa. Tener esperanza y que el destino se encargue de sepultarla.

Por eso se habla de que el destino es cruel, y no, lo que es cruel es ponerle ese adjetivo, ya que él está fuera a nuestra valoración.

—¿Y por qué estableces que es medianamente ajeno?

—Si el sábado se cae el techo de la sala del concierto, será destino totalmente ajeno a mí, a ti y a cualquiera que asista. Aunque no debería decir eso, es mala publicidad para el concierto, en fin... Pero que el concierto sea bueno o malo, depende de mí. Pero eso sólo en principio, ya que por más que haga lo máximo y dirija un concierto excelso, puede que varios violinistas o el pianista o las flautas no estén en su mejor día y entonces acabe siendo un mal concierto. O al revés. Es decir, creo que hay que ayudar al destino a que suceda. Y va relacionado con la esperanza ¿quién va a desear un destino que le perjudique?

—Aquí parece decir que uno sí puede modificar el destino. ¿No estás contradiciendo ideas?

—Seguramente. Se habla de la razón como aquello que nos hace humanos (de eso dudo cada vez más), Fromm habla también de cuestiones como la imaginación, el concebir y comprender el mundo, el recordar el pasado y vislumbrar el futuro, la conciencia de uno mismo como una entidad aparte... Y creo que aquí también deberíamos incluir a la esperanza-desesperanza. Eso es sólo humano. Igual que la contradicción. Aunque sostengo que el último último destino es la desesperanza: no importa lo hecho, un día moriremos y nada de esto importará; aquello por lo que luchamos, aquello que conseguimos, aquello que valoramos, nuestras amistades, nuestra familia, las cosas materiales, no van a tener ningún valor al final de nuestros días y no me convence eso de que quedaremos en la memoria de quienes nos

quieren: ellos también morirán. ¿Qué le voy a importar yo a mi familia dentro de seis generaciones? ¿Cuál de los descendientes de mis amigos me va a recordar? Tampoco me convence el pensar que estoy haciendo algo para la posteridad ¿cuál es esa posteridad? Se me dirá pesimista, pero al final la raza humana también se extinguirá y nada de lo hecho por científicos, músicos, escritores, pintores, filósofos, historiadores, arquitectos... nada, nada va a importar... Hubo un movimiento que decidí excluir en el Concierto para Desesperanza, uno optimista. Trataba de una pareja, cualquiera, una de tantas, en un café. Lo escribí al final de este periodo lúgubre en el que me instalé.

—¿Y por qué decidiste excluirlo?

—No lo sé. Quizá espero una señal para volver a creer...

Das la espalda al público. Cabeza agachada, manos cruzadas al frente. Silencio total. Dos profundas respiraciones. Levantas cara y brazos. El único sonido es el de los instrumentos que se colocan en posición.

Comienza el concierto.





## Concierto para Destino y Orquesta

1. Corazonada. *Andante. Passionato.*
2. Folies Bergère. *Quasi adagio.*
3. Espíritu Santo. *Presto.*
4. ...dándonos su bendición. *Vivace.*
5. La mirada, una pendiente, París, con todo decidido.  
*Allegro non troppo.*



**Corazonada**  
*Andante. Passionato.*

*Cualquier destino, por largo y complicado que sea,  
consta en realidad de un solo momento:  
el momento en que el hombre sabe  
para siempre quién es.*  
Jorge Luis Borges

I

Quizá haya sido la muerte de su esposa lo que le faltaba para decidirse a cambiar de casa. La idea fue de ella, buscó durante meses un vecindario tranquilo y comunicado, que no supusiera un problema dada la condición de él.

—Encontraré algo cerca pero diferente; cambiar de aires —le dijo.

Ella vio la casa, negoció el precio, hizo el papeleo; él, aún dudando sobre la mudanza, sólo tuvo que firmar. Pero, ¿tenía que ser así? ¿Por qué esperar a la fatalidad? Ya era tarde para lamentos, el contrato estaba suscrito y él, viudo. Consideró no hacerlo, necesitaba ayuda. Durante semanas pensó que no era lo mejor, que se quedaría donde estaba. La melancolía se hizo espesa y sucia.

Aún recuerda con cariño la primera vez que volvió a salir por un café: caminó sin sentido hasta encontrarse, al preguntar por la calle, en su nueva dirección. No traía llaves, pero fue hasta la puerta y tocó la cerradura. Sintió su corazón en los oídos. Sonrió. Estaba decidido.

Dos amigos y un familiar se encargaron del trabajo. Él dirigió el orden de los muebles. Era cuestión de acostumbrarse palpando sus rincones. La primera noche habían trasladado la mitad de las pertenencias, y durmió

hasta tarde luego de recorrer su nuevo hogar para que las manos y pies se aprendieran los marcos, cuántos pasos a la cocina, el sofá, la altura de la bañera. El bautizo fue el retrato imposible de ver de su esposa, colocado a un lado de la cama.

Al día siguiente se completó la mudanza.

—¿Falta algo?

—No lo sé, iré a ver —contestó uno de sus amigos.

En el fondo del camión había un baúl.

—Pesa demasiado ¿qué tiene adentro?— le preguntó al nuevo dueño.

Casi no pudo responder, se quedó sin latido, o así lo sintió.

—Arriba ¡llévenlo arriba! Al ático, bajo el tragaluz.

—¿Seguro? ¿No prefieres tenerlo cerca? Nunca se sabe cuándo lo necesitarás ¿qué tiene dentro?

—¡Arriba! Y cierren con llave.

## II

—Es un baúl. Tócalo. Está lindo, ¿verdad?

—Sí. No sé qué vayamos a guardar ahí, pero lo lindo no lo objeto, se siente.

—Siempre tan pragmático...

—No, no, en realidad me gusta, sólo que... no sé, es una corazonada.

—Mira, tómalo como un regalo, estaba barato y listo, ya le encontraremos algún uso, es un regalo de mi parte para ambos en nuestro aniversario.

—Sí...

—¿Qué pasa?

—Se me ha ido el aire, no podía respirar.

- Recuéstate, ven.  
—Me dolió el pecho un poco.  
—¿Quieres una aspirina, agua?  
—No, no, ya, estoy bien.

### III

Fue un presentimiento lo que le hizo levantarse. La mecánica adquirida en la nueva casa —él mismo no podía dejar de decirle de esa manera—, lo condujo con facilidad al baño, pero eso era una evasiva: algo andaba mal. Tomó del agua en la cómoda esperando un mayor fluido en el retrete y, en consecuencia, unos segundos más para averiguar qué sentía.

Salió semidesnudo al pasillo de las recámaras superiores. Para él la negrura no hacía diferencia. No seas infantil, se reprochó al pensar que tenía miedo por la oscuridad... No, el miedo residía en no saber qué pasaba.

12, 13, 14 escalones abajo y esperó. Nada. Fue a la cocina. Nada. Abrió la puerta al traspatio, fue a la sala, al comedor, salió al porche... nada. Su latido pasó de llovizna a lluvia. La corazonada sobre aquello que le inquietaba fue certera y doble: ahora estaba seguro que sucedía en la casa, y peor aún, dónde.

### IV

- Podemos guardar ahí nuestras cosas.  
—¿Qué cosas?  
—Las fotos, cartas, la cuenta de una cena, un boleto de cine... ¿De qué te ríes?  
—Eso es aceptar que nuestra idea de organizar todo cronológicamente no va a suceder.

—¿Realmente piensas organizar años de recuerdos de nuestra relación?

—No, supongo que no.

—¿Te parece la idea?

—La idea sí, el lugar no.

—Otra vez el baúl...

—Sí, otra vez el baúl y otra vez el baúl y otra vez el baúl.

—Disculpa, no pensé que...

—No, no, perdona, a ti te gusta y en realidad no cabrían en otro lugar, las guardaremos ahí.

## V

12, 13, 14 escalones arriba. Sin esperanzas reales, fue al cuarto de visitas y al estudio. Nada. A su recámara ni siquiera se acercó. Se detuvo en el centro del pasillo, debajo del ático. Con sólo alzar un poco la mano tomaría la cadena. No lo hizo. No pudo. Su latido de lluvia galopó hacia tormenta; el corazón en los oídos. Aferrándose a las paredes, corrió a su habitación, azotó la puerta. No logró dormirse hasta el amanecer.

## VI

Todo empezó con un boleto de cine que ambos guardaron. Así siguió con entradas al teatro, museos, recuerdos de cenas, cafés; era un registro de su relación. Pronto se dieron cuenta de que los dos lo hacían sin haberlo acordado. Decidieron organizar un cuaderno, cronológicamente, para tener un orden. Les duró poco más de un año. La relación continuó y el registro también, acumulándose en desorden —aquella no más de lo normal. En ocasiones él lo intentaba, pero era demasiado y lle-

gaba la frustración... Aún podía ver, la enfermedad de los ojos vino luego. Para él, conservar esos recuerdos era tener de manera tangible el cariño. ¿Cómo percibir materialmente el amor? Con los regalos, las fotos de lugares visitados, las fechas, las horas. Parecía necesitarlo ¿sentía acaso la necesidad de prepararse para una fatalidad? Se volvió muy importante ese bosque de memoria: era la evidencia física de su amor.

## VII

Hasta hoy.

Tarda unos segundos en recordar lo sucedido ayer. Es de día, se dice, pero ¿en qué cambia para él? Además, eso es aceptar que de noche regresará el temor.

Sale a dar una vuelta, a tratar de despejarse. Sin embargo le ronda y acecha lo sucedido. Es mejor olvidarlo, piensa ¿qué diferencia hay? ¿No puedo dejar el ático cerrado y ya?

Camina hacia su antiguo hogar; no pasa de quedarse en la acera de enfrente. Da unas vueltas y regresa a casa.

Cena. Al terminar, pone un disco para estar más tiempo del usual en el comedor con un cognac.

Sube al baño. Ropa interior. Cama. No puede dormir. Le pregunta al reloj la hora: no es tarde. Lo intenta. Nada. Se desespera y al baño. Prende la radio con el volumen bajo. —El ático. ¿Nada?—. Le pregunta al reloj la hora: es tarde. Apaga la radio. Sale del cuarto.

## VIII

—¿Qué piensas?

—Nada, niñerías.

—¿Cuáles?

—Dirás que es algo tonto.

—Prueba.

—A ver...

—¿De qué te ríes?

—De la contradicción que acabo de decir.

—Son formas de hablar.

—Siento que desde que está el baúl no me he encontrado bien.

—¿Cómo es eso?

—He estado inquieto y he sentido un malestar general.

—¿Y el baúl tiene la culpa?

—Te dije que lo verías como una tontería.

—Sólo digo que el baúl tiene la misma culpa que estemos en invierno o que no hayas ido al médico en años.

—Lo sé, pero es demasiada coincidencia.

—Depende cómo lo veas, quizá el baúl te esté diciendo que vayas.

—Quizá el baúl me esté diciendo que me hago viejo. ¿De qué te ríes?

—De la contradicción que acabo de decir y no notaste.

—Ven, déjame verte, ¿en qué piensas?

—En tus diez pupilas tocando mi rostro.



## IX

El ruido de la escalera al caer es amplificado por la madrugada. Espera a la tranquilidad en el eco y en su respiración —¿su corazón, dónde está? No lo siente.

Sube al ático tanteando los bordes de la escalera, es la única parte que no conoce.

(Alguna vez oyó ruidos dentro de la casa, pensó que era algún asaltante. Bajó con una linterna sólo por las apariencias. Ahora no lo hace, no la necesita. Nunca supo qué fue).

Lo primero son sus manos, tanteando el polvo del suelo. Luego la cabeza, oyendo y olfateando el lugar. Surge todo el cuerpo e instintivamente busca una pared, el cobijo de sentir su espalda resguardada.

La ansiedad y las décadas de aire inmóvil le impiden respirar bien. Vuelve la cara hacia donde supone que está el tragaluz; la luna entra por ahí, qué lástima no poder verla. Se acerca lentamente...

Cuando su mano topa con el baúl, la retrae. Espera.

Alarga el brazo aún sin confianza. El baúl siente la otra mano. Él recuerda: recuerda el día en que su esposa lo trajo; recuerda la corazonada; recuerda que es sólo un regalo de aniversario con el que no se siente cómodo. Y ahora está ahí, siendo visto por sus manos. Siempre lo ha imaginado rojo, no sabe por qué.

Sube la cerradura y agarra la tapa. Toma conciencia de su respiración. Lo abre.

Ante el hedor, la mueca es inevitable. Se contrae su estómago, traga polvo al taparse la boca, se avienta hacia atrás, hacia la pared, tosiendo. Jadea. Tarda unos minutos en estar cerca de controlarse.

Regresa al baúl. Empieza por los costados interiores soportando la peste: nada. ¿Qué ha pasado con las fotos, las cartas, los boletos y recibos? ¿Qué ha pasado con la evidencia física de su amor? Pierde el poco dominio que ha logrado. En los movimientos violentos, desesperados, encuentra un papel al centro. Incrédulo lo toma, palpa algo envuelto. Sus diez ojos se manchan a medida que quita la cubierta.

Lo siente.

¿Qué es esto?

Late.

Pierde el control, ¡es un corazón!

Lo arroja dentro. Azota el baúl. Cierra el ático.

## X

Ella no quiere aceptar que es el baúl, pero duda al percatarse que las pesadillas de su esposo empezaron aproximadamente cuando lo trajo.

No es a diario, pero ya son meses sin dormir bien debido a los desasosiegos nocturnos de él.

Otra vez hoy: palabras ininteligibles que no la dejan descansar. Lleva una hora tratando de reconciliarse con sus sueños, ¿cambiar de lugar el baúl sería la solución?

Dos días después, con ayuda de un vecino, lo mueve de la sala al ático. Debajo del tragaluz, no quiere que los recuerdos de su relación vivan de noche.

A partir de ese día, ella es la encargada de subir a depositar la parte material de su amor.

Su esposo mejora, la salud regresa. Ella, al contrario, comienza con jaquecas y una urgencia por mudarse de casa que se acrecienta conforme el deterioro físico y moral, que calla, continúa.

—Encontraré algo cerca pero diferente; cambiar de aires.

Le gusta la casa, negocia el precio, se realiza el contrato.

Días después él firma. Días después ella muere.

## XI

Un corazón dentro del baúl latiendo dónde voy al café un corazón adentro del baúl no tiene lógica no es lógico no los recortes las fotos mi esposa ella no puede qué pasó con todo lo de la relación el tragaluz en el que está y mi esposa llevando todo al baúl un café dónde hay un café mis nervios estaba latiendo y un periódico las fechas eso no está pasando mi esposa mi esposa los corazones laten pero el corazón está muerto y late camina tranquilo mi bastón no toca el piso dos cuabras al café más al café pero mis nervios y mi corazón que duele son los nervios el corazón late late no podré dormir el corazón sigue ahí no tal vez no quizá si hago tiempo y dejo pasar tiempo no esté ahí regresar y ver qué está ahí latiendo qué hago tengo miedo y si mi esposa y el café mis nervios más rápido y llegar y sentarme como si viera la calle aparenta tranquilidad ensangrentado mis manos las manchas de sangre quizá las manos manchadas de sangre no lavé bien y aún estén ahí las manchas la policía y qué voy a decir que hay un corazón latiendo en el baúl mi esposa los recuerdos qué pasó con los recuerdos la culpa del baúl cómo voy a limpiar no puedo pedir ayuda otra cuadra por qué no estás aquí estás muerta y te necesito aquí y el corazón no hubiese pasado contigo aquí está latiendo los coches casi no hay gente en la calle el día en que te moriste y el baúl y los recuerdos por qué no estás aquí qué hago caminando tan aprisa los boletos del

cine no puedo regresar a casa el tragaluz hacia el baúl  
mis nervios el café eso no pasó en la noche mi latido mi  
corazón latía el periódico sangre y si no era un corazón  
e imagino que late y late y late un té necesito dormir por  
qué te moriste el baúl y late todo el día que pasaré en el  
café cómo justificarme qué explicación dar a la policía  
mis manos ensangrentadas iré al baño de llegar al café el  
tragaluz la casa manchada en las paredes ahí los recuer-  
dos las fotos los boletos se murió y el corazón dónde  
estás por qué te moriste esto no pasa no pasaría contigo  
aquí qué está pasando ya casi llego nervios calma los  
boletos de cine el corazón late no vuelvo al ático y no  
pasará los recuerdos están ahí en el baúl tengo que cal-  
marme y late no se oye mucha gente una mesa al fondo  
quizá esté manchado ordenar algo ir al baño mis nervios  
mis manos sudadas o es sangre el baúl el tragaluz mis  
manos aquí hay gente ordena saluda mi respiración algo  
que me calme mi esposa el baúl algo que me calme un  
café un té mis nervios no he dormido la noche un café

—Un café...

## XII

El día del entierro le dio una bofetada ya que amaneció  
despejado. Un gran sol blanco avisaba un día caluroso.

En la tarde, él, familiares y amigos caminaron con  
el féretro bajo un cielo pesado que obligó al cementerio  
a prender algunas farolas aisladas. La carga repentina de  
nubes, truenos, viento y frío lo reanimaron un poco, ha-  
ciéndole sentir en un manto comprensivo, en un abrazo.

No quiso estar junto al cuerpo con el ataúd abierto  
en la funeraria. No quería escuchar al féretro mientras  
descendía. Eso era imaginar a su esposa desaparecer.

Muerta, inexistente, un abismo. ¿Dónde está la comprensiva lluvia?

No iba a soportarlo, no lo hizo: cayó de rodillas y sus manos aferraron la tierra desmoronada. Sus lágrimas formaron un poco de lodo.

No quiso que nadie lo acompañara esa noche. No llovió en todo el día.

Subió al baúl, al ático, en su antigua casa. Sintió los recuerdos. Ya no estaba ella para contarle qué veía. Notó extrañado que era la primera vez que se sentía bien junto al baúl. Durmió ahí un rato, soñando —¿sintiendo?— que dejaba su corazón.

### XIII

Saldrá del café de noche, aún con miedo, con angustia, desesperado.

Llegará a casa cargado de lluvia. Se enojará con esa lluvia que no lo acompañó en el funeral de su esposa.

Subirá al ático: enfurecido, aterrado.

El corazón —¿soñó, sintió alguna vez que dejó su corazón?— estará ahí, latiendo.

En la sala encenderá la chimenea.

Llorando, arrojará al fuego el corazón.

Caerá con un vacío y un dolor en el pecho, una imagen de él y su esposa, y un boleto de cine.

**Folies Bergère**  
*Quasi adagio*

*Sigue a tu destino,  
Riega a tus plantas,  
Ama a tus rosas.  
El resto es la sombra,  
De árboles ajenos.*  
Ricardo Reis

Suzón toma el ramillete y lo coloca entre sus senos. Le appena un poco el ancho escote del uniforme. El florero se ve mejor ahora sólo con dos rosas: blanca y amarilla.

Es una noche contradictoria, mucha gente y poco trabajo. Últimamente ha sido así: mujeres que acuden al local para lucir nuevos vestidos, nuevas joyas y, si tienen suerte, pasar la noche junto a un dandy con la esperanza de seducirlo para asegurar el dinero durante una temporada; hombres que buscan a sus compañeros de juega —de los cuales ya están aburridos— para platicar de las noticias más frescas y frívolas que hayan sucedido desde la última vez que se vieron, tratando de olvidar a sus mujeres y, quizá, dormir esa madrugada con una breve conquista.

Katarina Johns se mece en el trapecio estrenando zapatillas verdes aunque nadie tiene interés en el espectáculo.

Suzón coloca unas naranjas en el frutero de cristal. Son gratis. Lo sabe ella, pero no todos los clientes. Las vende a algunos centavos y así equilibra el precario sueldo que recibe.

El humo de los cigarros y el bullicio de las conversaciones le recuerdan a diario la estación de tren a su llegada hace algunos meses. La vida rural era insufi-

ciente para esta joven de flequillo dorado y rubor natural en las mejillas. Montmartre le hizo un guiño. Casi no conoce más de París.

Mientras limpia con un pañuelo su reflejo en el mostrador, un señor se quita brevemente el sombrero ante ella, a modo de saludo, que acompaña con una sonrisa. Ella responde el gesto y desvía la vista hacia Katarina. De reojo observa al desconocido: traje oscuro, chaleco del mismo color, camisa blanca, bigote castaño perfectamente recortado y unas manos limpias que pasean por las botellas. Su vista devanea en las etiquetas con esos ojos caoba que ahora la miran.

Baja las pupilas, apenada. Piensa en lo infantil que es su comportamiento; también en sus mejillas.

El mejor licor de su tipo, sin duda, dice él mientras examina la botella, Quiere probarlo, Lo recomiendo, El sabor es dulzón, si es lo que le gusta, Entonces llevaré la botella y dos naranjas, Esas son gratis, Para mí o para todos, Para usted, Cómo te llamas, Suzón. Él sonríe debido a la rima inadvertida por la joven, quien ahora se siente incendiada por el sonrojo al no saber el porqué del brillo en los ojos del hombre. Y usted, Jacques, Suzón, mi nombre es Jacques.

El río Sena corre con lentitud los domingos en la tarde a fin de ver a la gente que se detiene en los puentes. Personas solitarias, desoladas, parejas de besos y abrazos, niños múltiples bajo el cuidado de sus nanas, pordioseros alcoholizados. Suzón mira absorta las pequeñas olas mientras revive su encuentro con el señor Jacques. Jacques, repite Suzón. Jacques, Jacques. El Sena entiende que la chica está enamorada y recibe con gusto la naranja que ella le arroja mientras echa a correr, riendo, hacia su habitación.

Fin de semana. Noche. La chica que atiende en la barra repite uniforme. Quizá así logre tener suerte, el dandy se aparezca de nuevo y ahora la invite a salir. No será esta noche, no esta semana. Ni la siguiente. Para avivar la imaginación y las ansias de verse, el señor Jacques visitará a Suzón tres semanas después de su primer encuentro. La invitará a salir. Ella aceptará.

Caminan por la noche de Montmartre: ella no sabe qué decir, está preocupada por el viejo abrigo que la cubre. No se da cuenta de que la belleza de su rostro no admite contradicciones.

Caminan por la noche: él siente ternura por el tono rojizo en la nariz de la chica. Cada intento de acercarse físicamente es rechazado por ella con unos pasos al costado. Rozan sus manos en dos de estos intentos. Coincidencia, piensa él la primera vez que sucede; la siguiente, duda. Entre los brillos callejeros y la luna, intercambian una mirada. También dudó, piensa ella.

Caminan por Montmartre: entran a una taberna. Si me vieran mis compañeras del Folies, dice ella; él no responde, no sabe qué decir, se siente estúpido, es sólo una camarera. No hablan. Miran hacia todos lados.

Será éste el momento determinante. Será la luz que les permite verse tal cual son. Quizá ambos piensen en lo que va a suceder, en lo que no sucederá; en que se perderán fines de semana juntos entre ropa interior y sábanas; sin paseos por París, ni nuevas amistades; se perderán el ser pareja. Quizá sea inevitable estar aquí: dos personas que equivocaron al ceder a una ignición. Será esto el destino: saber lo que va a pasar y no poder hacer nada, sólo observar. Borrar semanas, meses, años de relación para acabar saciados uno del otro y llegar a este destino de silencios infranqueables, el contraste de las demás mesas que charlan y brindan, observar



por las ventanas al tiempo pasar en carruajes, a pie, una frase aislada, otra; llegar a este momento, a este bar... Pero sin vivir las sábanas y la ropa interior, sin vivir los paseos juntos, y las cenas, y las risas, y la ilusión y los amigos.

Toman una copa de ajenjo. Jacques intenta: lo importante es saber la medida de azúcar, Suzón, y el momento exacto para que deje el fuego y se una al líquido. Ella se aburre de estas frivolidades, tan alejada de su mundo. A esto vine a París, se pregunta. Pide otro ajenjo. Apura el trago e insiste en salir.

La noche de Montmartre se ha vuelto verde. Suzón no para de reír a pesar de que llevan un tiempo sin hablar. Jacques desespera, intenta unirse a la euforia de Suzón. Ella no permite su entrada. Está lejos, en los bosques que rodeaban su granja, cuando salía nocturna a jugar y todo era verde, negro. El se distrae con aparadores, con otras mujeres. Suzón ríe a carcajadas. El señor Jacques se detiene, la ve caminar y seguir calle abajo hasta que la gente le hace perderla. Mira al suelo y camina en dirección contraria.

El Folies Bergère está más concurrido de lo habitual, la gente se encuentra animada y Katarina se luce en el trapecio. Los senos de Suzón hacen ver más bello el ramo de flores rojas. O quizá es a la inversa.

El señor Jacques se acerca a la barra y le pide a Suzón un trago del mismo licor que compró aquel día. Ninguno dice más. Paga, se aleja, duda... Hubiese preferido, dice Jacques sin terminar la frase... No conocerte, dice Suzón sin empezarla.

## Espíritu Santo

Presto

*Sólo a través de la alegría y la pena  
una persona sabe algo sobre sí misma y su destino.*

*Así aprende qué hacer y qué evitar.*

Johann Wolfgang von Goethe

*La monja tan sólo ha estado un año dentro de la iglesia y ya tiene dudas sobre si su elección de vida fue la correcta. Él lleva meses dándole vueltas a la idea del suicidio, pero se sabe cobarde. Es más una llamada de atención a sus amigos y familiares que un verdadero deseo de matarse. El sol entra por una rendija de los cartones que usa por cama, cobija y almohada. No quiere levantarse, pero el hueco en el estómago le exige despertar. Lleva seis meses pidiéndole a Dios una señal. Cada noche, además de las innumerables oraciones que hace con las otras monjas, reza doce veces el Padre nuestro, una por cada apóstol; eso la hace sentirse más segura de que la señal divina llegará pronto. Para darle más apariencia de algo serio, ha contactado a un conocido que conseguirá una pistola discreta, justa para morir y no ensuciar en demasía la pared. Jamás ha disparado un arma y teme si, por la fuerza con la que tiene que jalar el gatillo, fallará el tiro pleno a su cabe-*

za y entonces sólo quedará lisiado. Le pide a la viejecita de los atoles que le fíe una torta de tamal y un champurrado. Ella responde que no, que nomás el atole porque le debe tres tortas de la semana pasada. Resignado, bebe. Peor es nada. *Imagínala al Espíritu Santo que baja a posarse en su hombro, en forma de paloma, con un blanco jamás visto. A veces, es el arcángel Miguel quien desciende, con su espada de fuego para ahuyentar a Lucifer. Él le declara una sola palabra y entonces ella comprende cuál es el destino de su vida. El arcángel es extremadamente guapo y con la voz más varonil que haya escuchado. Generalmente se queda dormida luego de soñar que vuelan juntos sobre la ciudad.* Se mete a blogs de presuntos suicidas donde dan consejos sobre si quieres llamar la atención, si quieres sufrir para adecentar culpas, si no quieres dejar mucho lío, si quieres algo rápido, si quieres algo discreto, los papeles que tienes que dejar a la familia para los trámites, o que ellos se las arreglen solos sin encontrar nunca la factura del coche, la escritura de tu departamento, las claves y cuentas del banco. Camina con sus palos hacia el lugar de trabajo. Empieza la jornada. Con la velocidad del sol que se eleva, la gente va llegando a pie, en sus coches, camiones... entre más sean, más rápido conseguiré comprar algo para el hambre. Saluda a los compañeros de diario, le dicen que cuidado, los viernes siempre hay más per-

sonas. Responde que sí, mecánicamente. *La Superiora platica con ella acerca de sus inquietudes. Está a punto de confiarle los sueños de palomas y arcángeles, pero se detiene y el único indicio es el rubor callado en el rostro. La Madre decide darle tareas en la parte exterior de la iglesia, quizá un mayor contacto con la gente le ayude para no sentirse tan sola y despejarse. Sí, quizá sea lo mejor, contesta ella sonriendo. Al salir de la oficina, mira por una ventana al cielo, no vaya a ser que Miguel decida presentarse en ese momento.* Ahogado en el mar; dicen que ahogarse es una de las muertes más dolorosas y angustiantes. Desde un piso alto, no; aunque se visualiza tirándose desde la azotea del banco al que le debe tanto dinero; o de su oficina, que tanto odia. Ríe por las caras de sus compañeros: oyen un grito y, de pronto, ven un proyectil blanco de pantalón azul marino y corbata roja, durante una fracción de segundo, caer por la ventana. Consigue 10 pesos y va al puesto de tortas de la esquina. ¿Si mejor le paga a la de los tamales? No, el hambre es primero. También conoce al tortero, así que éste se la da unos pesos abajo del precio, pero le advierte que no se la coma ahí, no me lo tomes a mal, ya sabes que eso molesta a algunos clientes. *Le toca limpiar la entrada de la iglesia. Da los buenos días a algunas de sus compañeras, al Padre Jacobo y a las fieles de cada mañana.*

*Platica con el Padre Ignacio, siempre le ha caído bien. Al terminar la charla sonríe porque el Padre le gusta. Se persigna por si Dios se ofende.* Con fuego: le atrae la idea del fuego, del sufrimiento que te consume hasta convertir todo en cenizas. Se imagina estoico soportando el dolor, con los ojos cerrados y sin un solo grito. Es tarde. Se apura. Acaba la torta y sorbe agua gris que trae un compañero suyo. Vuelve al trabajo, la hora pico de la mañana está cerca y tiene que aprovechar ya que de ahí hasta las dos de la tarde el público desciende. *Se encuentra extrañamente reconfortada. En el cielo, la mañana con sus rayos de sol ilumina bíblicamente detrás de unas pocas nubes. Aspira y se asoma por el portón de la iglesia hacia la calle. Ha terminado de barrer, toma el trapeador.* La oficina queda a unas pocas cuadras de su casa, es lo único aceptable del trabajo. Mientras deja atrás puertas de edificios, locales que abren y puestos callejeros, las llamas vuelven a su mente. Ya ni siquiera parece que sea por el suicidio, sino por saber si sería capaz de hacerlo. ¿Y por la estética de lo estoico? Quizá, quizá. Pasa un auto demasiado cerca, su compañero le previene otra vez que tenga cuidado. Contesta con una mueca y un no me chingues que me desconcentras. *Derrama el agua escaleras abajo e interrumpe a las palomas que picotean unas migajas. Busca la señal, a la paloma blanca, entre el revoloteo vola-*

*dor. Todas son grises, azules y moradas. Como siempre.* Está a dos cuadras de su oficina. Detrás de las pocas nubes del día, atisba el sol, cayendo sobre las torres de la iglesia. Imagina la hoguera envolviéndolo. Se apresura cuando el semáforo peatonal es verde. Prende un extremo de cada uno de sus palos; toma gasolina y, con el fuego de ellos, exhala la bocanada incandescente. *Baja a trapear un poco las escaleras que llevan a la iglesia.* Apresura el paso, los autos están en rojo. Hace malabares y mira la reacción de los conductores esperando que alguno le dé un varo. Hay mucha gente. *Toma un ritmo constante, apresurado, al limpiar el asfalto.* Se pierde, sin dejar de caminar, en los fuegos que suben y bajan del muchacho. Lo empujan al pasar junto al pirómano. Un señor de traje azul marino, camisa blanca y corbata roja, le obstruye la mano al atrapar el palo encendido. *Termina y observa al cielo.* Su antebrazo se incendia para luego esparcirse por pecho y piernas. Inmóvil, estupefacto, no sabe qué hacer. Grita a su amigo y le pide agua, rápido. *Oye alaridos.* Corre en dirección a su oficina con aullidos de dolor, no piensa en la ausencia de lo estoico. Se asusta y huye entre los coches que ya están en verde, pero nadie arranca. *Una bola de fuego que grita pasa frente a ella. La paloma blanca se caga en su hombro.*

## ...dándonos su bendición

*Vivace*

*Lleva cuidado y al labrar tu destino  
procura no repetir el destino de nadie.*

Javier Marías

*Xavi.*

El 13 de julio a las 5:35 de la mañana, Xavi yace dormido sobre la calle con un brazo colgando del vallado. Su playera ha dejado de ser blanca desde hace poco más de un día y ahora se debate sobre si quedarse con el rosa del vino o el oscuro de la suciedad callejera.

Se despierta una hora y 25 minutos después, con los gritos de un policía que despeja esa parte del trayecto.

Xavi, aturdido, llega a la conclusión de que sigue ebrio y que no sabe dónde están sus compañeros. No le importa tanto dónde está Amaia; la manda a la mierda ante la mirada de las familias que van a la plaza y decide que haría bien en quedarse allá (ella, no él, aunque tiene boleto).

Camina, ayudado por la parte consciente de su cerebro, en una discutible línea recta. Se acerca a otros borrachos que le dan un bocadillo, cerveza y un abrazo con risas. Conserva la comida y, emocionalmente, el abrazo; las risas, no. Al tragar la última parte, se da cuenta de que desde que empezó a comer no sabe hacia dónde va, pero ya que la catedral está al fondo, lo toma como una señal.

No repara en que, por la hora, aún está cerrada. Su estado alarma a un guardia lo suficiente como para pedirle que se vaya. Xavi no discute. No van hacia el

policía sus reclamos. Mejor le grita desde fuera al Santo patrono festejado dos o tres verdades respecto a sus supuestos milagros.

*Amaia.*

El 13 de julio (cinco minutos antes del policía-despertador y cuatro antes de lo que decía el boleto) el autobús donde viaja Amaia entra en la estación de Lleida. Las vacaciones han terminado y al día siguiente, a trabajar.

Toma un taxi para llegar más rápido a casa. Urge dormir y aún más, ducharse. El río Segre la hace sentirse traicionada ya que está muy agitado, muy rápido, y ella, a pesar de lo sucedido, está tranquila.

Al llegar prende TVE. El encierro. La apaga. ¿No estabas tranquila? Se mete al agua para relajarse. Tan borracho, tan borracho, que seguro no lo hará, piensa. Mañana, lo mismo. ¿Ya qué importa? Cuando sale habla por teléfono, Lorena está despierta.

—Lore...

—¡Amaia! Pero... ¿de dónde habláis, mujer?

—De casa. Regresé unas horas antes...

—Xavi.

—Sí, él...

—¿Ha corrido?

—No, no. No fue necesario para llegar a lo mismo.

—Ya. Pues nada, si queréis quedamos en Sant Joan para un café.

—Vale, vale.

—¿A las siete?

—Vale.



—Venga, guapa, tranquila, sabéis que es para bien.

—Sí... lo sé.

*Xavi.*

Llega a su habitación. La recamarera pregunta hasta cuándo van a estar hospedados. Pagam... pagué hasta mañana. Ella dice que qué bien, que espera una muy buena propina por el desorden diario. Sí, no se preocupe, hoy habrá menos, eso se lo aseguro. Ella cierra la puerta diciendo que ya se verá mañana y agradece por dentro que sólo quede un día de fiestas y de arreglar esta habitación.

Xavi prende la tele. Se queda dormido al segundo cohete pensando en que debería estar ahí, a unas cuerdas, y que sigue ebrio. Y que extraña a Amaia. Y que no, bien pensado, eso no.

Bastantes horas después despierta con hambre y con los gritos de Pedro Delgado en la transmisión ante un ataque del favorito en el Tour.

Sa cambia la playera, mas no el pantalón. Tampoco el paliacate al cuello ni la faja. Sale por un bocadillo y compra el ABC, aunque lo detesta.

*Amaia.*

Trata de dormir. Se levanta por agua. Trata de dormir. Da una vuelta a la almohada. Hace calor. No puede abrir más las ventanas ni cerrar más las cortinas (vuelta a la almohada). Se quita la sábana. Un joven en el piso de enfrente mira a la calle, al edificio de Amaia. Quizá intuye algo, pero no puede verla sólo en bragas porque no se pueden cerrar más las cortinas (vuelta a la almohada), así que se va.

Amaia trata de dormir. Se sueña en las ramblas de Barcelona, desnuda y con la cara pintada de blanco. Hace mímica y nadie le pone atención. No entiende por qué. No advierte que es porque todos están desnudos de rostro blanco. Hace frío. Se levanta a acomodar un poco la persiana. Si el joven hubiese estado ahí, le habría visto las tetas por dos segundos que las cortinas lo permitieron.

Trata de dormir. Prende la tele con el volumen bajo. Las noticias. Otra bomba. Trata de dormir. Está con Xavi en la azotea de un edificio, pero físicamente no es él. No importa, ella siente que es Xavi. Están sentados, callados. Se levantan y saltan a la calle. Va tomada de su mano. Él ya no está ahí pero lo siente. Tiene calor. Voltea la almohada. Sigue la tele. 23 heridos, dos por asta de toro. Ninguno grave. Todo es negro. Los gritos de Pedro Delgado la despiertan. Se pone unos pants y una blusa. Va a la cocina y hace de comer, sirve agua y una copa de vino. Mira por la ventana. Un joven allá enfrente parece estar sintiendo lo mismo que ella.

Como si supiera qué está sintiendo.

*Xavi.*

Baja por la cuesta de Santo Domingo hasta los corrales vacíos. Se dispone a caminar el recorrido del encierro con un bocadillo de chorizo y un kalimotxo. Al pasar ante el Santo de la ciudad, mentalmente dice la oración tan cantada estos días.

Frente al ayuntamiento se detiene para escuchar las rondas de la banda. A la derecha, por una puerta poco visible tras las guitarras, la policía mete a un joven a empujones. Se pone a pensar que en el grupo hay desde niños hasta ancianos. Se acuerda de su padre. Hoy es trece, así que marca a casa. Su madre le pregunta cómo

está, si ha corrido, saludos a Amaia. Con el padre es lo mismo más las felicitaciones y la broma de que no le vaya a regalar una cornada.

A medio camino, compra otro kalimotxo que se toma al instante y sale con el tercero y con el segundo bocadillo, a completar la otra mitad. Intenta hacer plática con unas británicas. Otro kalimotxo y les asegura que les hablará más tarde. Al pasar el tramo de Telefónica, ve al toro azul y se aparta por la muchedumbre que busca las fotos y porque siente que la botarga se acordará del tipo que ayer le tiró un trago en la cabeza. Llega hasta la plaza. Adentro hay silbidos y dos trompetas. Imagina al toro que está a punto de irse vivo.

*Amaia.*

Se cruza con Lorena una calle antes y aprovechan para entrar a una tienda.

En el café una pide un exprés y la otra un té. Adivina quién pidió qué. A los pocos minutos ya entraron al tema.

—¿Y habéis hablado con él?

—No, seguirá borracho y aunque estuviese sobrio no tengo qué hablar con él.

—¿Discutieron?

—Lo de siempre. Eso y que se lió con una chica. Y yo ahí. Me reclamó lo de no dejarlo correr con los toros y que siempre estoy asfixiándolo, que no sabe qué hacer y que está harto. No lo sé, no lo sé...

Lorena abraza a Amaia. Ella, tras las lágrimas, cruza mirada con el joven del piso de enfrente. No se saben vecinos pero sonríen. Él sigue su camino. Ella se tranquiliza y suspira.

—¿Qué sucedió?

—¿Qué sucedió? Nada... sólo lo que necesitaba.

*Xavi y Amaia.*

Sale rumbo a algún bar, metiéndose por las calles más transitadas.

Sale rumbo a su casa, metiéndose por las calles menos transitadas.

Brinda en la fiesta callejera con unos alemanes.

Compra cigarillos y se queda platicando un rato con el vendedor.

Entra a un bar y la mesera es quien le hace decidir quedarse junto a la barra.

Entra a casa y la copa de vino sin terminar es quien le hace decidir quedarse junto a la mesa de la cocina.

Platica con la chica y agradece que responda ya que no quiere hablar; quiere escuchar, no pensar.

Prende la radio y agradece el locutor de noticias; quiere escuchar a alguien, no pensar.

Pasa el tiempo y él sigue ahí, en el bar, oyendo a la mesera, sólo cambia la conversación.

Pasa el tiempo y ella sigue ahí, en la sala, oyendo la radio, sólo cambia la programación.

De madrugada, la chica acaba turno. Lleva trabajando desde la mañana. Él le dice que a su casa. La chica que no, que a su hotel.

De madrugada, la programación acaba turno. Lleva al aire desde la mañana. Ella dice que un disco. Mejor no. Mejor ya al cuarto.

Junto a la cama, se quitan la ropa, se acuestan, jadean un poco, nada especial. Terminan.

Junto a la cama, se quita la ropa, se acuesta, jadea un poco, nada especial. Termina.

Casi se queda dormido pero se levanta a despedirla. Regresa y, en cuanto siente la cama, duerme.

Casi se queda dormida pero se levanta por agua.  
Regresa y, en cuanto siente la cama, duerme.

No recuerda qué sueña. Babea.

No recuerda qué sueña. Ronca.

Lo llama el despertador de la recepción. Dice que gracias y sigue durmiendo.

La llama el despertador del buró. Dice que ya va y sigue durmiendo.

Despierta asustado. Es tarde. Se baña y viste en 15 minutos. Sale.

Despierta asustada. Es tarde. Se baña y viste en 10 minutos. Se maquilla en cinco. Sale.

Entra al vallado, rumbo a Estafeta.

Entra al casco antiguo, rumbo al trabajo.

A las 8:02 lo embiste un toro. Lo mata al instante.

A las 8:02 a ella también. Casi. Acá es un coche.

## **La mirada, una pendiente, París, con todo decidido**

*Allegro non troppo*

*El destino es el que baraja las cartas,  
pero nosotros somos los que jugamos.*

William Shakespeare

Fue la primera vez que vi la locura en los ojos de alguien. No una locura demente, no, fue una locura racional, meditada, un chispazo consciente de lo irracional del acto: saber que no hay vuelta atrás y no sólo quemar las naves, también quemar la tierra, los árboles, el viento, la pendiente, la motocicleta de la televisión, los aficionados, la carrera y la vida, uno mismo. Esa locura estaba en los ojos de Javi cuando arrancó a tres kilómetros de la meta, con todo ya decidido.

La discusión de la estrategia a seguir es breve: atacar, reventar y quitar al primer lugar. Acabo con el desayuno de pan, mucha pasta, patatas, huevo, café, medio jugo y agua.

En mi habitación repaso la hoja de ruta: 187 kilómetros; dos puertos, uno de primera y el último fuera de categoría con 15 kilómetros y 10% de pendiente media, meta en alto, vigésima y última etapa de verdad; mañana París, como siempre, sin posibilidad ya de hacer cambios en la general, mera etapa para esprinters, homenaje al ganador.

Llaman a la puerta, son mi esposa y mi hija. Juan Antonio, mi compañero de cuarto en estas tres semanas, nos deja. Ellas llegaron ayer. Juego con Elena haciéndola reír mucho, aún no habla, pero ya pronto. Platico con Ana de París, la cena con todo el equipo y los días que nos quedaremos a vacacionar... Sin saber del ataque, la

mirada y la locura, con todo, la etapa, la general y las vacaciones, ya decidido.

En el autocar que nos lleva a la salida, veo distraídamente los periódicos con la clasificación: Javi en primer lugar con 73 horas, 45 minutos, 11 segundos; luego mi nombre en segundo, a dos minutos y 37 segundos; en tercero, el chico holandés de apellido impronunciable a seis minutos y 38 segundos, es decir, a cuatro minutos de mi segundo puesto. Atacar, reventar, quitar. Estrategia en breve.

Antes del control de firmas, me entrevistan en francés, inglés y español, ninguno en catalán: ¡Jordi, Jordi! ¿Quién va a ganar la etapa? ¡Jordi! ¿Atacarás? ¿Crees poder ganar la general? ¡Jordi, Jordi! ¿Temes que el chico te arrebate el segundo lugar? Contesté con sinceridad. No sé, espero que yo. Si tengo fuerzas. Sí, aunque Javi ha estado muy fuerte todo el Tour. No, pero no me confío, tengo que andar con cuidado.

En la salida, 170 sobrevivientes miramos al líder amarillo y sus fotos: solo, otra conmigo y el holandés, otra con el líder de montaña, el de los jóvenes y el de los esprinters. Tras sus lentes coloridos, una mirada confiada, alegre, sin saber la transformación que sufrirá a tres mil metros de la meta. Me despido de Ana y Elena a la distancia en la tribuna. Nos veremos en París, con todo terminado.

Las primeras filas comienzan a avanzar. He tratado de no pensar en ello pero no puedo abstraerme lo suficiente y no pensar que ésta es la etapa más importante de mi carrera. He platicado mucho con Ana y decidimos que el lunes, independientemente del resultado, convocaré a rueda de prensa y anunciaré mi retiro. En realidad no van a ser días de vacaciones; van a ser los primeros días de mi vida sin estar encima de una bicicleta. No, no

es fácil pensar eso luego de tantos años, desde juveniles... Hoy es mi última oportunidad para ganar un Tour de Francia, vestirme de amarillo. Una, dos, tres pedaleadas, allá vamos.

Diez kilómetros y una fuga: 20 ilusos se van tratando de lograr la hazaña de coronar la escapada. En el pelotón tratamos de reservar fuerzas para la carnicería del último puerto. La distancia se comienza a agrandar mientras acá todos llevamos un ritmo soportable, a veces platicando, bromas, chistes, mañana acabamos, ¿quién no lo logrará hoy, a un día del final? ¿Quién quedará eliminado hoy, penúltima etapa? ¿Terminaré líder? En el audífono, el director del equipo con su voz carrasposa me repite la lista de fugados: uno nuestro y ninguno que pelea por la general, por eso nos sacan siete minutos: escapada consentida. Ya los alcanzaremos y mi compañero me ayudará. Es inhumano lo que pretenden. Nadie aguanta una etapa así a ese ritmo. Dementes. Como todos nosotros, ciclistas.

Mitad de la etapa, descenso de la primera montaña a 100 km/hr. Es ridículo ver fugazmente señalamientos de velocidad máxima a 60. Todos en fila, pequeñísimos grupos si acaso, apretando dientes, manos apenas frenando en curvas; espalda, cuello, piernas en tensión; una duda y paf, con suerte quedas ahí detenido por unas ramas, si no ¿de cuánto es la caída? ¿Para qué ir tan rápido? Curva, inclinar el cuerpo a la derecha, subir la misma pierna, recta, soltar los frenos, cuerpo aerodinámico, curva, cuerpo a la izquierda, misma pierna, atento al de enfrente, puede ser temerario y casi no frenar, puede tener miedo, o cansancio, frenar de más y adiós línea de recorrido, arcén, adiós, ¿para qué arriesgar carrera, músculos, huesos? Los ojos sin parpadear, mirada fija, el viento, a pesar de los lentes, en el iris ya seco, el frío,



curva, curva, recta, velocímetro a 105, freno, curva, recta, así por 20 kilómetros, sí, la mirada fija, no parpadees, ahí está el arcén y mañana tu familia; curva, recta. París, allá, todo recto. Ataca, revienta con la mirada.

Mi primera caída sobre una bicicleta fue en un descenso dentro de una carrera en el pueblo de mi padre. Estaba ahí compitiendo ya como parte de un equipo profesional aunque aún en las categorías inferiores. Tenía 16 años. La familia aún ahora me hace broma sobre lo que me distrajo: una joven en bikini viendo la etapa. En realidad fue la señora a un lado suyo que se abanicaba con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás, sin que nosotros le importáramos; un perro pequeño se le quería montar a su pierna. Ella ni enterada. Ni del perro ni de la carrera. La vi durante toda esa recta y conforme me fui acercando, no dejé de mirarla. Tampoco cuando inició la curva. Perdí la línea y me fui contra la barda de contención. Lo malo es que tenía posibilidades de ganar y la muñeca rota. Lo bueno fue que la chavala me ayudó y al final conseguí su número de teléfono. Ella viaja ahora a París con nuestra hija, Elena.

Llegamos al avituallamiento y en dos ruedas comemos barritas, frutos secos, gel de carbohidratos. Sin bajar, orinamos en una botella y seguimos. La distancia con los fugados sólo es de cinco minutos.

Una hora después, a las cuatro de haber comenzado, ahí está, el último puerto. Las piernas advierten los 15 kilómetros de subida y se preparan para el dolor, las miles de agujas que se clavarán en muslos y pantorrillas, la falta de oxígeno; el primer lugar a 2 minutos y 37 segundos. Dos minutos y treinta y siete segundos. Nada. La diferencia entre ser recordado para siempre y un semi-olvido. Tomo un poco de agua. El equipo del líder, el mío y el del chico se ponen en cabeza del pe-

lotón para imprimir cada uno el ritmo que ayudará a su jefe a explotar a los otros. Los fugados son cuatro; uno invaluable nuestro sigue ahí con dos minutos de ventaja, ellos ya suben. Nuestra mirada en la cima; la mía, en los piñones y de reajo en el maillot amarillo. ¿Atacará?

Se rompe el pelotón a los cien metros de ascenso. ¡Es una pared esta ladera! Quedamos en cabeza dos míos, tres del holandés y sólo uno del líder. Otros intentan pegarse pero van cayendo conforme avanzamos. Gente en los laterales con banderas, gritos, agua, algunos corren peligrosamente a nuestro lado.

1, 2, 3, 4, 5 kilómetros. Alcanzamos a los fugados y el nuestro se queda en el grupo reorganizado de dos míos, dos del chico y el líder, solo. Diez kilómetros más, 157 segundos su ventaja, ya no hay nadie por delante de nosotros. Aquí los frenos no existen, para eso está, en cada pedaleada, el muro de pendiente y gravedad contra muslos y pantorrilla.

Subimos, siete kilómetros a meta, altitud, el oxígeno falla. La gente grita, apoya y ve disgregarse a más de nuestro grupo, que se queda en el líder, luego yo, y el holandés con un compañero suyo que desfallece a pesar de los ánimos. Nos mantenemos primero, segundo y tercer lugar. Pendiente máxima, el ácido inunda músculos, huesos, nervios, cerebro y mirada. Cambio de corona que no aligera la carga de seis kilos con ochocientos gramos de bicicleta, unos mililitros de agua, maillot, casco, guantes, nada más, yo no existo, sólo sigo pedaleando instintiva, automáticamente.

Ana y Elena viajan y no nos ven a cinco kilómetros de meta cuando el chico se despega, se rezaga más y más, uno, dos metros que se vuelven cien en un instante. Los ojos tristes, esperanza rota de ganar, un joven holandés que se queda anclado mientras un barco amarillo

y otro blanco, parten; dos trenes lejanos, inalcanzables. Tranquilo, aguanta a tu paso y el tercer lugar es tuyo.

En mi primer Tour, hace diez años, pagué derecho de piso acabando en el penúltimo lugar general. Todos me daban ánimos alabando el mero hecho de haber completado el recorrido. Yo estaba aterrado. Era joven, tenía buen ánimo, no había presiones de más por la familia o el dinero (todavía no vivía con Ana) y podía esforzarme concentrado totalmente en el ciclismo que era mi vida, ¿y aun así terminé en penúltimo lugar? En una etapa de montaña en los Pirineos, fui último y me salvé del corte porque mi director de equipo le cobró un favor a un comisario de carrera; me había pasado del límite por veinte segundos. ¿Sería yo, al que antes llamaban “el Concorde de la Sierra”, uno más que tendría que conformarme con carreras de medio pelo en lugares perdidos de Europa? Qué pena me daba ese apodo.

Ataco. Me estorban la moto de televisión y los aficionados que dejan un agosto carril. Nadie lo esperaba. Tampoco Javi, quien tarda en bajar la cadena y arranca por mí, no tan explosivo, pero a los 300 metros ya lo tengo de nuevo a rueda mía. Faltan cuatro kilómetros y dos minutos y 37 segundos de distancia para ganar. Mañana es trámite. Hoy atacar, reventar, eliminar a Javi del primer puesto, mi nombre ahí, yo de amarillo. Mi mano en el cambio y la mirada en el piñón. Otro ataque. Nada. Aquí sigue.

Otra vez, uno último: ataco. Luego ya no habrá distancia para hacer diferencias. Clic en la mano derecha, la cadena avanza y en un momento está una corona más abajo. Los dedos sujetos del manillar, aprieto los dientes, me levanto sobre los pedales, allá voy.

La gente se abre. La moto de transmisión de tv suena el claxon para avisar del cambio de velocidad. El

comisario de carrera, que nos ve salido del techo de su auto rojo, usa el silbato hacia la gente para que se quite, pero el ruido se pierde con los gritos. La mirada de Javi, incrustada en mi espalda. Me alejo, me permite soñar con que puedo quitarle dos minutos y 37 segundos, puedo llegar de líder, de amarillo a París y ganar el Tour, mi último Tour, allá con Elena y Ana y su mirada orgullosa, gane o no, aunque no sería lo mismo, no las vería desde el centro alto del podio. Sólo aguantar el ácido desbordando mis piernas, no dejar el ritmo, no desfallecer a pesar de que ahí viene Javi, con sus lentes coloridos, ahí viene, más alaridos, las agujas en mis extremidades y ya casi me alcanza ¿por qué no es más suave la pendiente? Tal vez sea destino; una bicicleta de distancia nada más, se quita los lentes y miro al frente, un último esfuerzo, pero no, aquí está, a mi lado, yo sin fuerzas, él ganará.

—No voy más —le aviso.

3200 metros a la meta, quizá me deje ganar la etapa, Elena y Ana orgullosas, aunque Elena no entienda nada, no tengo energía para atacar, menos para reventar el primer lugar.

Pero Javi no hace caso. Giro esperando en él la sonrisa de saberse ganador. He claudicado, el único que ponía en peligro su primer lugar. Mas no veo nada de felicidad. Sigue a mi lado con la mirada perdida al frente, absorbo al calor, a la gente, al clamor, a los pedales que suben y bajan, sus ojos más allá de la moto. Nada existe, únicamente la carretera por delante, no más, tres kilómetros a meta, todo decidido... y la locura aparece.

Escucho el cambio, la cadena baja, el cuerpo de Javi con el tronco adelantado, los músculos en los brazos listos para recibir el peso sobre el manillar, las piernas elevándose, su iris al frente, al vacío, ¿qué hace? Ya ganó, esto es trámite, ¿qué hace? No necesita siquie-

ra ganar esta etapa ¿por qué lo hace? Se adelanta una rueda, su pupila mínima, la locura racional, consciente, quiere acelerar, comerse la carretera desierta que tiene por delante. Si va a ganar será al límite, desfalleciendo, ¿qué más da mañana y París y el centro alto del podio? La carrera y su vida, su vida profesional, o quizá su vida así, sin más, se decide aquí, con su mirada a tres mil metros de la meta, 184 kilómetros recorridos, 10% de pendiente, yo extenuado, no voy más.

En un instante ya le veo el número en la espalda, algunos aficionados me dan palmadas y ánimos para que le persiga. Mi director es menos asertivo y me grita y exige que vaya tras él. Que intente siquiera ganar la etapa (y durante unos segundos resuena el “siquiera”. El primer lugar esfumado, el consuelo triste del segundo lugar general y el semi-olvido, llegar a París no con el maillot de líder, el amarillo, no, llegar con el de hoy, el de ayer, el del inicio, segundo lugar después de todo).

Le sigo. Apenas y alcanzo a pegarme a su rueda. Otro esfuerzo para llegar a su altura. Javi, Javi, no logro decir más. No me escucha, arranca de nuevo, violentísimo, alejándose. Dos kilómetros a meta, una curva, dejo de verle. Me levanto sobre los pedales, siquiera ganar la etapa, él frena un poco, es imposible que no esté agotado, le alcanzo ¡Javi! Javi ni gira, un aficionado le avienta agua, la cual escurre en cortina frente a sus ojos, mitad agua, mitad sudor. Intento ponerme al frente para ser yo quien marque el ritmo, uno más cómodo, más ligero, me deja durante 600 metros, siento sus pupilas en mi nuca, su llanta mordiendo la mía, apurándola, la vida se va hoy, aquí, no en París, aquí, más de cinco horas pedalear, un kilómetro a meta, arranca.

Curva larga. Dejo de verle nuevamente. Otra curva, sin rastro de él. 500 metros... Y ahí está. La moto-

cicleta de tv se ha detenido junto a él, la toma sobre su cara, su mirada al frente, la línea de final, ve los 187 kilómetros cumplidos allá. Él está con un pie abajo. No sé qué hacer. Aminoro la marcha y me acerco. Aquí los aficionados ya son divididos con vallas, así que sólo somos el coche del comisario, Javi, yo y los miles por televisión, sobre la carretera. Freno a su lado.

—¿Javi?

Sigue con los ojos al frente. El gesto de esfuerzo y lasitud no se ha ido. Tampoco el calor ni los gritos desde las vallas, pero parece apenas darse cuenta de todo ello.

—No puedo, Jordi —dice, no sé si refiriéndose a la carrera o a su vida.

—Venga, ya llegamos —le respondo, animándole a subirse a la bicicleta.

Hacemos esos metros sin que él haga una pedaleada, yo empujándolo durante ese breve recorrido, voces aisladas en el público. Su última fuerza la utiliza para aventarme al llegar a la línea y soy yo quien gana la etapa. Siquiera. No es poca cosa.

Una hora después, nos encontramos descansando en el control antidopaje, ya sin el brillo del sudor, las espaldas contra la pared:

—Tenías la mirada perdida, loca, cuando atacaste; dabas miedo —comenté.

—No...

—Parecías no ver nada.

—No, no. Casi. No había nadie más que tú a mi rueda. Quería probar si me seguirías. Ir al límite. Sólo tú y yo. Esa fue en realidad tu última etapa, después de todo. ¡Qué mejor desenlace para toda tu carrera! Al final, tú me reventaste a mí... Ya sabía que me seguirías... entonces, ¿quién es el de la mirada y la locura? Eso sí da miedo.

El médico pregunta si alguno está listo. Él contesta afirmativamente y entra al cubículo a orinar. Al salir, Javi me da un abrazo, no decimos nada.

Nos vemos al día siguiente, sobre nuestras bicicletas, fotos en la salida, camino a París. París, meta, podio, todo, todo terminado. Elena y Ana. Mirada limpia.





## INTERLUDIO

### II

Antes de que bajes por completo los brazos, ya se escuchan las palmas del auditorio. Te tomas unos pocos segundos para tranquilizarte y giras hacia la audiencia. Sonríes. Pequeñas reverencias de agradecimiento. Pides a los músicos que se levanten y los aplausos arrecian. Tomas un pañuelo del interior del esmoquin para limpiar tu frente. Le das la mano al primer violín, un abrazo. Otra reverencia. Caminas hacia la izquierda del escenario y sales. La orquesta hace lo mismo. Algunas personas enfilan a los laterales para aprovechar el intermedio y estirar las piernas, hacer alguna llamada o ir al baño. Mientras tanto, un piano es colocado rápidamente en el centro del escenario. Una parte del público regresa a sus asientos al explicarles los acomodadores que aún habrá una pieza antes del segundo concierto; otros, incluso así, salen. La pianista toma su lugar en el banquillo. Este recital tendrá música breve en el intermedio.



## Intermedio

1. Tus manos. *Allegro brillante.*



## Tus manos

*Allegro brillante*

La primera vez que las sintió no fue muy consciente de ellas, estaban totalmente apretadas, aferradas a algo, no sabe a qué, quizá a sí misma. Posteriormente la pusieron en el pecho de su madre y se calmaron un poco. Incluso llegó a abrirlas. En los meses siguientes y los primeros años, sería experimentar con cualquier objeto: se quemó un par de ocasiones y aprendió que si se veía rojo, ardía. Por ello, tardó tanto en tomar confianza y jugar con una pelota de ese color.

Creció y fueron tareas más complicadas como saber peinarse, abrochar sus zapatos azul marino o amarrarse las agujetas de los tenis cada martes y jueves que tenía educación física. De la primera vez que tomó de la mano a un niño, ni hablar, eso fue en el kinder; luego a los ocho años, no, las niñas no nos llevamos con los niños, así que a pretender que eso nunca sucedió. Lo que no pudo ocultar fue, tiempo después, cuando Roberto la sujetó de sorpresa y le dio un beso, entonces ellas fueron las encargadas de darle un empujón al atrevido —no obstante en el fondo le había gustado— y logró que se posaran fugazmente entre panza y pecho para aventarlo, pero eso sólo se lo confesó a Karla mientras movía los dedos sin parar.

Con sus manos abrazó y tomó las del chico por el que suspiraba en secundaria. Con ellas pasó muchos exámenes, aunque reprobó matemáticas en el último año y en parte fue culpa de la mano, pues la diferencia entre un seis y un cinco fue esa última operación donde era un signo de más, no menos.

Sus manos tomaron las de Margarita cuando lloró porque su madre había muerto. Sus manos desnudaron tímidamente a Marco. Sus manos recibieron el título universitario y estrecharon durante tres segundos, de arriba a abajo, las del rector, un poco sudadas. Sus manos le dieron una cachetada a Marco por su infidelidad luego de tantos años juntos y se juntaron, meses después, en una oración pidiendo ya poder superarlo.

No le gustaba el sentir de los libros nuevos, por ello prefería ir a librerías de viejo. Mientras deambulaba por las estanterías revisando los nombres, los dedos recorrían los lomos y en realidad se guiaba más por ese sentir que por el autor, título o portada para decidirse por uno.

Con esos dedos se enjugó lágrimas de los ojos, de las mejillas, secas ya en el vestido; con esos dedos se vio al espejo y se retocó el maquillaje al salir de la soledad de la habitación para aparentar que nada había sucedido —aunque los dedos seguían ligeramente húmedos— y recibir con entereza las condolencias de familiares y amigos. No cualquier día se muere un padre o una madre.

Recorrieron el cuerpo de una nueva esperanza, su próximo esposo. Durmieron enlazadas a las de él la primera noche, primera de tantas, tantas.

El dorso poco a poco se fue agrietando conforme fue creciendo y ellas eran testigos de las experiencias que iba acumulando. Claro, como todas las manos, se cortó alguna vez al picar verduras y se quemó con una sartén. Disfrutaban tocando el piano y acariciando la seda traída desde los dominios de Hara Kei. Abriéndose camino semilla a semilla, se deleitaban al entrar en un costal lleno de lentejas.

Aferró sus manos a las del esposo. En los buenos momentos, sí, también en los malos. Recorrie-

ron su rostro y aprendieron los nuevos surcos de vejez en él. A veces seguían saliendo a la calle tomados uno del otro, pocas, pero seguían haciéndolo. Él nunca aprendió a bailar, así que continuaba utilizándolas para guiarlo en los salones de baile.

Con sus manos rompió platos por impotencia. Con sus manos bordó bufandas por ternura. Con sus manos escribió cartas por recuerdo.

Se llenaron de lunares, tiñéndose de azul, de verde.

Un día en casa, bajando la escalera, la izquierda se sostuvo del barandal, la otra fue al pecho. Luego ambas a sujetarse de su esposo, a sujetarse a sí misma, a su vida que se iba en el hospital. Si ya era irremediable, mejor decir con el índice que no, no moriría ahí, moriría en casa, sintiendo sus propias sábanas, los abrazos y cariño de la familia que la cuidó en su última enfermedad. Ella entrelazó sus dedos con los de él, mientras la sangre dejaba las arterias de la palma, el dorso; primero la derecha, luego la izquierda. Se soltaron.

Expiraron cerrándose, aferrada a no sabe qué, quizá a sí misma, como aquella primera vez.





## INTERLUDIO

### III

Al llegar al camerino, Marco te espera de espaldas con una nota. Puedes ver su rostro en el espejo, adviertes que te ve con duda.

—¿Qué, acaso no va bien el concierto?  
—preguntas, aflojándote el cuello de la camisa.

—¡Qué va! No es eso. Es... —Te entrega la nota.  
Es un sobre amarillo pálido. Al desdoblar la hoja, adviertes la inconfundible caligrafía de tu esposa:

*¿Nos hemos perdonado lo suficiente?*

Marco te deja solo unos momentos. Regresan sentimientos que no habías experimentado hace tiempo. Esa letra, tantas veces vista, leída. ¿Qué quiere decir con esa pregunta? El perdón, claro; el quitar las culpas que sigues cargando no es poca cosa. Pero hay algo más. ¿Qué quiere decir? Como siempre, es tan obvio, pero al ser tú el destinatario, la visión se complica. Marco regresa sin tocar la puerta:

—Es hora.

La turbación te impidió escuchar el intermedio. Una pieza que compusiste fuera de los temas de esta velada.

—¿Estás bien? —inquire tu asistente. No contestas. Sales al escenario, aplausos, quizá la gente de las primeras filas sí note el esfuerzo que haces para sonreír.

El desasosiego interior no se ha ido. ¿Fue pregunta de esperanza o desesperanza?

No podría ser mejor preludio para el concierto que está por comenzar...

## Concierto para Desesperanza y Orquesta

1. East River. *Andante con fuoco.*
2. Una hora. *Larghetto.*
3. Tal vez era Ella. *Andantino. Lacrimoso.*
4. Manzana y Canela. *Moderato assai.*
5. Caigo-Desaparezco. *Adagio. Melancólico.*



**East River**  
*Andante con fuoco*

*La esperanza en sí misma es una especie de felicidad,  
y quizá, la mayor felicidad que el mundo tiene;  
pero, como cualquier otro placer disfrutado sin mo-  
deración, el exceso de esperanza debe ser expiado  
a través del dolor.*  
Samuel Johnson

Le prestaron un coche para hoy. Mientras cruza el puente Manhattan, Louie Ragatzy mira el East River y piensa que seguirá fluyendo en unas horas cuando todo haya acabado. Se pregunta qué caso tiene reflexionar eso. Trata de olvidarlo y mira hacia arriba. Allá al frente todavía hay tonos púrpuras cediendo al azul oscuro. Lo distrae el masajista cuando empieza a hablar sobre la entrevista que Louie dio al New York Times, mientras comía en el restaurante de Tony, con toda la cuadra presente mirándolo con orgullo. Es, profesionalmente según sus palabras, la noche más importante de su vida. Por dentro se preguntó si podría quitar el adverbio.

Mary ya está en los alrededores del Madison Square Garden. Pasea y acaricia su vientre recordando aquella promesa oída a los pocos días de casarse hace algunos años: unas cuantas peleas más, guardar algo de dinero para el futuro y luego un cómodo retiro. ¿Cuántas veces había tratado Mary de convencerlo para que se mudaran a la costa oeste y empezaran una nueva vida? ¿Cuántas veces le había hablado del apoyo que su padre les daría? ¿Cuántas veces él le gritó que no iba a mendigar dinero y menos de su padre?

Ayer Louie no podía dormir (su ventaja en las apuestas es de 5 a 1) y sigilosamente salió de madrugada-

da creyendo que no la había despertado, pero no fue así. La esposa no durmió hasta mucho después de que él regresó oliendo a whisky. Como la prohibición de alcohol se había derogado el año anterior, aparecieron de súbito muchos bares donde todos parecían ponerse al día de lo que no pudieron beber sino clandestinamente. Ni siquiera la preparación o el entrenamiento lo habían alejado de embriagarse. Por ello casi no tenían ahorros, todo se iba en bebida y apuestas. Durmió hasta a la una de la tarde.

—Haz lo tuyo, chico, haz lo tuyo y en la noche estaremos festejando —dice el masajista.

Louie sonríe. Gira hacia la parte trasera del coche, a la maleta entreabierta donde se ven los guantes seminuevos, negros, limpios. Se extraña del túnel en su estómago al ver acercarse la arena allá al frente, donde ya casi no hay tonos púrpuras. Será que regresa la pregunta que anoche le golpeaba una y otra vez, acrecentándose con cada trago. Y si gana el campeonato ¿después qué? No es un boxeador joven, es su última oportunidad para ganar el cinturón. Lo saben sus allegados, la prensa, los aficionados, su esposa. Lo sabe él. Pero ¿qué pasa después de llegar al lugar por el que tanto has peleado?

Louie Ragatzy tiene tiempo para mirar al hombre de la campana. Big Al, no. Se tambalea. El tener sólo un ojo abierto no ayuda; tampoco que se cubra la cara, el cuerpo, la cara. Louie le da la espalda y enfila a su esquina cuando ve que están por indicar que llegamos a los tres minutos. Catorce veces tres minutos. Falta uno. Quince.

Se sienta en su banco. No tendría que ser así, seguir pelando a estas alturas del combate. Ya debía haber ganado, estar fuera, recibir dos besos de su esposa y mandarla a casa al otro lado del río, para él festejar con amistades, el promotor, su masajista, whisky y mu-

jeros... Pero el contrincante se ha levantado tres veces, la última hace dos rounds, cuando el referee cantaba los ocho segundos.

No oye a Willie, su mánager. Se concentra más bien en Al: un reguero corinto camina por la lona a la par suya; el agua trata de refrescar y reemplazar al sudor; la vaselina en la ceja detiene la hemorragia; el líquido de sangre, saliva y mocos a sus pies refleja el ahora, los golpes recibidos; el flash de una fotografía, dos; cientos de gritos de traje y sombrero alrededor.

Toma un poco de agua. Se levanta y las cuerdas se tensan al ayudar a sostenerse a Big del otro lado. Piensa en las horas que ambos pasaron enfocados en este momento. Chocan los guantes como cuando iniciaron. Son las palabras de Al:

—Último round.

Y es entonces cuando Louie Ragatzy mira a los ojos del oponente, de los seguidores, de toda su carrera. Y recuerda: las sesiones contundentes para preparar este último round, al alba, con dolor, de madrugada, risas, en la tarde, con café y lonjas de jamón; las entrevistas a la radio y a tipos sonrientes de la prensa que anotan en sus libretas la respuesta a qué hará con el dinero que recibirá el ganador, él; siente las palmadas de los niños que brillan en sus ojos y juegan a soltar golpes con la esperanza de algún día pelear también por el campeonato; recibe las advertencias agresivas de su padre al iniciar su trayectoria, las de su entrenador bajo el pretexto de levantar su coraje y el hambre asesina arriba del ring diciéndole que se dedicara a otra cosa, las de los promotores que se acercan prometiendo grandes funciones en Nueva York, Chicago, y luego le exigen tener que ganar por decisión o caer en el tercero bajo amenaza de no cobrar; escucha el llanto de Mary, en combates pasados,

ganados o perdidos, más ganados, llorando porque no quiere más peleas, no más golpes a su esposo, pero sabe que no es la última, nunca tienen dinero, y él seguirá recibiendo puñetazos negros... aunque quizá no, quizá sean los tres minutos finales ya que aun con el campeonato en la cintura, qué sentido tiene seguir entrenando, qué sentido tiene seguir peleando.

¿Qué sentido tiene el último round si el East River seguirá fluyendo?

Willie mira al masajista. No sabe qué hacer, pensar. Su pupilo está ahí (no hay defensa). Inmóvil. O no tanto porque Big Al sale de su desconcierto y dispara jabs para saber si realmente no se defiende. Luego ametralla ganchos a los riñones, rectos a la nariz, a los pómulos que se hinchan, al labio espeso, al ojo que ya no lo ve (no hay defensa). Bombardea con un upper-cut. Y los periodistas que hace cuatro asaltos habían empezado sus crónicas de mañana, tachan lo escrito: todo está cambiando. Y la gente en sus casas no creen al locutor que parece estar en otro combate (no hay defensa). Y Mary piensa que no es posible, que no quiere esto, porque entonces habrá más combates y más llanto.

Pero Louie sabe que no. No más, mientras la gravedad lo jala, se encuentra en la lona con su brutal líquido y la cuenta llega a diez.



**Una hora**  
*Larghetto*

*La esperanza le pertenece a la vida,  
es la vida misma defendiéndose.*

Julio Cortázar

Daniel Sari recuesta la cabeza. Ve las miles de gotas en el techo que rodean las luces blancas. De vez en cuando, una se desprende del mosaico y va a estrellarse al suelo. Allá otra. Una cae en el muslo y una en el pecho; se junta con el sudor y la gota, gorda, rueda creciendo hasta perderse en la inglete.

Cierra los ojos. Recuerda la discusión en la mañana con Valeria, su mujer. Los gritos a las seis y media porque no hay ni una camisa planchada y no puede ir a la junta con el licuado en el pecho. ¿Pues qué tanto hace la chacha además de ver novelas? Luego, el tráfico. Esos veinte minutos que tardó en salir representaron cientos de coches más.

Se acerca a los lavabos y refresca su cara. En un instante, hierve de nuevo y al regresar a sentarse sobre su toalla, no es agua: sudor, sólo sudor.

Recorre sus muslos con las palmas y la mirada. De la parte interior, jala un vello más rizado que los de junto. Se ve en su coche en la mañana, cuando advirtió por el retrovisor un cabello suelto que no pudo aplacar hasta los baños de la oficina, a pesar de toda la saliva que le untó en el camino.

Se recarga en sí mismo; los antebrazos, sobre las rodillas. Su frente escurre y el hilo cae por la barba. Treinta minutos aquí: se lo dice su reloj.

Regresa la cabeza a la pared. Los ojos se vuelven a cerrar. Se percata de su respiración, más corta, más

rápida. Su corazón, también. Unos minutos y ya, a pesar de ser éste es el momento más tranquilo del día. Valeria al rato seguirá enfadada. Daniel no tiene ganas de pedir disculpas por los gritos. No, no hoy. Unos minutos y ya.

La junta estuvo mal. Seguro no les dan el presupuesto. Es más, quizá hasta lo recorten. Los socios se olvidarán del bajón del último trimestre y lo compararán con el de los otros tres, aunque esos últimos meses sean la razón que justifica la baja en el presupuesto. Y luego, claro, exigirán que se supere la campaña del año pasado, que se repita el éxito del eslogan, que la gente hable aún más de los espectaculares y, por ende, compre, compre y compre. Daniel tose, tose, inhala, suelta todo hasta dejar vacíos los pulmones, mas no su cabeza, que sigue en los últimos veinte minutos de la junta, donde Marco, su compañero creativo y él ya veían las caras adversas de los quince consejeros y cómo se volvían más escépticos conforme los dos trataban de justificar que se necesita más dinero para que la campaña rebase la anterior.

—Pero si el eslogan es bueno, la gente lo recordará, aunque lo haya visto una sola vez, y comprará ¿no?

Qué imbécil, piensa Daniel al resoplar y sentir su respiración más acelerada; su pulso más rápido; su frente; su cuerpo desnudo, empapado. Qué imbécil, también pensó ahí, frente a las diapositivas y de cara a ese chavito. ¿Quién se cree para cuestionar? ¿Sólo porque es el hijito del vicepresidente? Marco intervino antes de que Daniel dijera algo y los echaran.

Cierra los puños y abre los ojos. Siente su propia humedad y se ve difuminado en el espejo que recorre los lavabos. Tose. Ya no sabe si su agitación se debe a la temperatura o al enojo. ¡Qué imbécil! Y todavía tener que sonreírle, despedirse de mano y agradecerle para que aquél contestara que le gustó mucho el proyecto,

la campaña, y que hablaría con su padre para intentar convencer al Consejo. Falso. Que le crean las putas a las que borracho les dice que sacará de esa vida. Cabrón.

Cierra los ojos y abre los puños. Tose. Luego no mejoró. Más tráfico en la tarde y los dos tipos armados que se acercaban por el retrovisor. Ver la pistola pasar a su altura y encañonar al de enfrente, el auto robado que huyó con vuelta prohibida y se perdió entre calles, casas. La mirada del asaltado hacia Daniel, quien prefirió avanzar cuando se puso el verde. Ahora sí pensó que iban por él.

Abre los ojos y resopla. Una hora sudando. Qué imbécil. Tose. Y la mancha del licuado. El presupuesto. El asalto. Se atraganta. Y el Consejo. Más tráfico. La campaña de este año. Tose. La casa y los gritos que le esperan. La respiración y el pulso. Su corazón.

Daniel se queda ahí, ojos abiertos, ya sin sudar, sin toser. Otras gotas caen del techo.

**Tal vez era Ella...**  
*Andantino. Lacrimoso.*

*El más terrible de los sentimientos,  
es el sentimiento de la esperanza perdida.*

Federico García Lorca

*Se pelearon antes de salir de casa. La mujer regresó cuando ya estaban en el coche, con el pretexto de haber olvidado su bille. El hombre ya ni siquiera dijo algo, solo espero con el coche encendido y el primer movimiento de la Sinfonía 40 de Mozart, que escuchó en sus pocos minutos sin que la mujer bajara; El queso versión sea en Allegro lo molesta aún más. Lo preferiría más rápido. La mujer regresó y sigue la discusión empezada en casa. El tema si cambió. Ahora es la tardanza.*

*Llegaron a la fiesta y lo primero que la mujer hará es buscar una charola con vino. Tomó dos. Uno se acaba al instante y el segundo en 2 minutos. El hombre no dejaba de revisarse su esmoquin. No hay mesas, pero si un salón grande, candelabros, una barra de bar de caoba, muchos meseros y una banda vestida de blanco que tocaba música ligera, al fondo. También habrá un grupo que el hombre conocía al cual fue. La mujer mientras se pierde entre...*

El Narrador está aburrido, taciturno. Llegó a la fiesta del cuento cuando la mujer y el hombre iniciaron la discusión en casa, cuando ella pidió ayuda con el cierre, ese momento en que él vio una mancha violácea, producto de unos labios, un beso profundo, ayer, quizá.

Fue directamente a la barra: ahora lleva un vodka, un brandy. Le ofrecen queso, jamón serrano y melón, que decide acompañar con vino tinto. Es Merlot. Pide si de casualidad hay algún Shiraz pero el joven mesero

cree que es una burla y está a punto de tirarle la bandeja “accidentalmente” y usted disculpe, qué torpe soy.

El Narrador sabe que eso no pasará. El Narrador lo sabe casi todo.

¿No podía Ella irse con el Editor? ¿Tenía que ser con el Corrector de estilo? Hubo un tiempo en que la Asociación permitía saberlo todo, pero eso derivó en celos entre las parejas, intrigas, crisis personales, fatalismos. Lo último antes de cambiar el reglamento fue un suicidio. Ahora los Narradores lo saben todo, con excepción a lo relativo a los del gremio, y sus personas más cercanas. Su esposa, en este caso. ¿Hubiese cambiado algo de saber antes lo de Ella con el Corrector de estilo?

Ve a la pareja entrar. El hombre se alisa el traje y va hacia un grupo de conocidos. La mujer toma dos tragos y se pierde entre las parejas que bailan con pasos milimétricos, mientras platican juzgando a los invitados ante cualquier falla, cualquier defecto.

La deja perderse de vista. Sucederá dentro de dos horas aquello digno de contar. Recuerda la reprimenda, cuando fue llamado ante el Secretario General y éste le reclamó por sus últimos dos cuentos: el manejo de la información, los tiempos verbales, repeticiones, uso de los diálogos, el suspenso...

—Sí, pero eso no es culpa mía, así lo quiso el autor.

—¡El autor! ¡EL AUTOR! ¡Ahora justificaremos nuestras fallas diciendo que es culpa DEL AUTOR!

—dijo el Secretario General dando un manotazo sobre el escritorio—. Ten cuidado, ten cuidado... recuerda lo que le pasó a...

Sabe bien la historia. Todos la conocen. El destierro sufrido por el narrador de Saramago. En asamblea extra-extra ordinaria, el Consejo valoró las repetidísimas faltas al hacer los diálogos. El imputado dijo que no

era su culpa, que fue el autor, la editorial, el corrector de estilo. No importó. El castigo fue ejemplar.

La mano del Secretario General en el hombro regresó al Narrador a la oficina.

—Lo siento, he tenido problemas personales, mi esposa, Ella, se fue y...

—Basta. Recuerda que aquí somos profesionales. Nada de traer los problemas de casa al trabajo...

—Sí, es que...

—Son tus primeras faltas. Esto es por el bien de la asociación, claro, pero ante todo, queremos que estés convencido que es en tu beneficio. Somos comprensivos. Seguro que has entendido, ¿cierto? ¿No volverá a suceder? —El Narrador confirmó que no con la cabeza—. Perfecto. Sabes que estamos de tu lado.

Se despidieron con un fuerte apretón de manos. Al salir, el Secretario General recordó:

—¡Ah! Tienes que ir con esta pareja, seguirlos. —Le aventó un expediente—. Es para un cuento. Sólo será por esta ocasión. No es desconfianza, únicamente queremos estar seguros que harás bien tu trabajo. Es de una pareja y una infidelidad descarada en un fiesta. Qué tipo, patético...

El Narrador se preguntó si acaso eso iba dirigido contra él. La falta de omnisciencia entre ellos no exentaba a la oficina de chismes y cotilleos. Estuvo a punto de protestar la tarea mientras recogía los papeles: no es necesario, es una burla a mi condición de omnisciente ¿para qué seguirlos si con sólo ver el documento ya sabría todo de ellos? Salió sin decir palabra, sin azotar la puerta; aunque lo consideró.

Los asistentes aplauden a la banda. Toman un descanso y es por eso que entran los meseros con bocadillos más elaborados. El Narrador agarra bastantes. No caben

en la servilleta y caen; el de la barra hace una mueca, come uno. Se prepara el Narrador para continuar:

*El hombre comienza a buscar a su esposa. No la encontró a su esposa y se puso un poco pre ocupado. La mujer dejó de bailar con el Otro, con el que habló por teléfono cuando bajó del coche y cuando regresó a casa. Yya lleva varias copas encima. Prueba unos bocadillos y se aíslan del resto de la fiesta. Era el momento de la fiesta para socializar y en la fiesta sólo se escucharon las conversaciones que inundan la fiesta,*

*A la mujer no le preocupa en donde se encontraba su marido. Sólo pensaba en el hombre con el que estaba y en su invitación, Vamos a un lugar más privado, le comenta, la mujer entonces...*

Lo cuenta mientras coquetea con una señora de uñas descuidadas. Luego se arrepiente, porque es el Narrador, y al ser una desconocida, lo sabe todo, y esta señora tiene herpes genital. Cuando ella se acerca, lo primero que él le dice es que cambie de lugar sus condones y los grilletes que usa cuando su vecino y ella cogen. Los tiene guardados en la caja de zapatos azul y gris. Su marido, un político importante, los descubrirá el próximo miércoles cuando busque sus tenis para correr. Sirve: ella se va espantada y el Narrador sabe, nosotros sabemos, que los moverá mañana cuando su esposo le diga que ha decidido hacer ejercicio de nuevo. Qué mal, nunca veremos el escándalo. Llegará a Gobernador.

Da un trago al vino. Pide otra copa. La esposa se fue y ahora el trabajo peligra. Le dolió que Ella manifestara que también había sido culpa de él, al alejarse tanto en aras de lograr su ascenso de Narrador testigo a Narrador omnisciente. Lo último que Ella dijo antes de salir del departamento, fue una triste advertencia de que ya no había pasta dental. Un suspiro y retoma.

*El hombre comenzó a buscarla. La encontrará al lado de una palmera artificial, en el extremo oriental del salón. Al verla, le sonríe. Trata, y trata de que no se le note el enojo al verla con el Otro. La mujer los presentó y ellos se saludan. Ya se conocían. El hombre si recuerda al Otro. El Otro al hombre no. Lo ignoraban mientras mientras el hombre tomaba y retardaba con pequeños sorbos el hecho de que se acabará su vino. Luego vino un mesero y eso lo saca del apuro de que hacer con sus manos. Sonríe a las pláticas pero no participó. La mujer, y el Otro lo, ignoran totalmente; afortunadamente, la banda vuelve... a tocar y el hombre... fulminantemente le lanza una mirada de fuego antes de amablemente excusarse y se va hacia...*

Otro trago, ahora de whisky. Hace una mueca. Tiene pocos hielos.

Se siente un tanto contento, mareado; quiere apurar la situación climax. Decirle a la mujer que ya se vaya con el otro al salón contiguo para que el marido los descubra y se griten y todo lo que tiene que suceder en el cuento.

Pero no. El artículo 2 de la Asociación, expresamente, les prohíbe tomar parte de la acción narrativa.

La banda termina el número. El Narrador se afloja la corbata, un poco. Comienza a cantar y resulta ser la canción que ahora inicia. El de la barra lo mira con suspicacia. Ya no le pregunta si quiere algo más. El Narrador se voltea y le dice un número de seis dígitos.

—Averigua qué hacer con ellos.

El de la barra lo tira de loco. No será millonario.

Va al baño. Mientras descarga, cierra los ojos:

*La mujer y el Otro continúan platicando. El hombre, infantilmente, trata de hacer la plática con una señora que aguanta suplática 2 minutos. la mujer y el*



*Otro fueron a la barra. Primeros contactos físicos. Un instante de la mano de la mujer en la solapa. uun instante del Otro con su mano en la cintura. Risas. Se ríen. Un brindis por cualquier cosa, alguno, Por nosotros. Fue la mujer, creo. Le lanza una mirada de aquellas. Una de esas miradas. El hombre no ve nada de esto. Estaba fuera simulando una llamada. Llamaba a su secretaria, quien estaba en plena faena sexual con su novio. Le dice que estaba haciendo ejercicio y justo se sintió tan tonta porque a esas horas quien estará haciendo ejercicio. El hombre no dijo nada. Que sintió algo había faltado por hacer el viernes y estaba preocupado. Le pide disculpas y cuelga. La secretaria ya ni pudo decir nada..*

*Era mi jefe, Tu jefe, Sí, mi jefe, Y qué quería, Saber si quedó algún pendiente, Ah, ¿seguimos?*

El narrador se pasea un poco. Tiene que hacer tiempo, ocho minutos para que la esposa y el otro se vayan y pueda regresar. Descubrió a Ella y al Corrector una noche que volvió antes de lo previsto luego de avisar que trabajaría hasta tarde: típico. La realidad del Narrador no está exenta de lugares comunes y situaciones obvias, ésas que tanto debe evitar al hacer su trabajo. ¿Cómo ensalzar a estos dos imberbes del cuento para volverlos más interesantes? ¿Cómo aderezar esta historia de infidelidad tan obvia y tan común? Se asoma por una ventana. En el reflejo, observa al esposo tomar una copa y unirse a cualquier grupo. Abre los ojos como nunca cuando lo ve acercándose. El vino le está afectando a sus condiciones omniscientes. Se paraliza. El personaje pregunta:

—¿Viene solo?

El Narrador piensa que es una apertura de conversación muy gay.

—No, no... mi... mujer... anda por ahí —contesta señalando a la del herpes genital.

—Sí, mi esposa también *anda por ahí*.

Un silencio se instaure entre los dos mientras ven a la pareja irse de la barra. La mano del otro en la cintura de ella. De soslayo, el Narrador observa a su personaje. Sabe que se está tragando la sensación de angustia, que quiere ir hacia ella y rescatarla, rescatar su matrimonio y prometo que seremos felices de ahora en adelante. Es inútil, tu esposa mentirá, te seguirá engañando y tú lo aceptarás; no te sientas mal, es muy común. Quiere decirle el Narrador todo esto, mas no puede, no puede intervenir. Mira a las demás parejas bailando, criticándose unos a otros, hablando de frivolidades. Piensa en el artículo 2, en Ella que se llevó el florero y le dejó las flores, en la cara del Secretario General, el manotazo sobre el escritorio, su castigo y humillación al mandarlo aquí, el destierro amenazante...

—Al final nada importa. Nada —sentencia y se va, dejando al esposo de pie, ante la ventana.

El Narrador toma dos copas al vuelo que se bebe y deja vacías sobre la barra. Le pide al futuro no millonario agua y brandy. Uno se lo toma y en el otro sumerge tres dedos que se pasa por el cuello para refrescarse. Si pudiésemos preguntarle, no sabría cuál fue cuál. Se detiene, los ojos en el marido que deambula entre la gente, al otro lado del salón. Le parece patético. Él mismo se siente patético. La esposa y el otro bailan. Descarados, condena. Pide otra copa, avienta unas monedas y termina:

*Se fueron in fieles (la mujer) y viven in felices para siempre (el hombre).*

Se va del salón.

Es extraño: puede ver dentro de cualquier persona y conocerlo todo, mas no en su vida. Camina solitario e incierto a casa, pensando en Ella, en qué estará haciendo en este momento. Se mira a sí mismo en el espejo de los aparadores; en los reflejos de las luces de las calles vacías; en su sombra que va unos pasos adelante, se le une en el cenit del ámbar del faro y luego queda unos pasos atrás, una y otra vez; en el charco de agua estancada (suena el teléfono); en el picaporte de su edificio (suena el teléfono); en las pisadas en los escalones (suena el teléfono); en el timbre ahí dentro y en la cerradura (suena el teléfono); en el silencio oscuro de flores muertas sobre la mesa que lo recibe. Y no sabe hacia donde irá su vida.

Revisa lo que ha escrito y encuentra fallas en los tiempos verbales, faltas ortográficas, repeticiones, diálogos iniciados por una coma, una historia intrascendente, como tantas. Mañana será la última vez que trabaje, que vea la cara de su jefe. O quizá ni se moleste en ir.

No sabe qué hacer, pero tal vez no falte hacer algo, sólo quedarse aquí, bajo el foco encendido, en la mesa de la cocina; corbata floja, sin saco, el primer botón suelto, el teléfono que no contestó, nada en los bolsillos y un vaso con whisky de botella vacía.

## **Manzana y Canela** *Moderato assai.*

*Aquí nos entretiene  
la enfermedad  
con un tablero de esperanza.*  
José Emilio Pacheco

El domingo se le olvidaron las cebollas y los jitomates. Martina regresa las dos cuadras al mercado, contando moneda por moneda el dinero que tiene. Paga el kilo de cebollas, no alcanza para el de jitomates. La bolsa pesa más; el monedero, menos.

A contraesquina de la casa cruza al camellón. Sus perras, pendientes en la ventana del segundo piso, comienzan a ladrar al verla. No paran hasta que Martina abre la puerta del departamento, aunque el recibimiento no es parejo: Manzana corre, brinca a la bolsa, se adelanta a la cocina, regresa, otro ladrido y un salto; Canela cojea y apenas puede seguirle el paso a Martina, que de por sí no es muy rápido.

En la tarde habla por teléfono con su hijo. Sólo le cuenta que se levantó un poco más tarde, que hizo huevos revueltos con el último jitomate que tenía, cuando ya el hijo quiere colgar. Le comenta del mercado y que Canela sigue igual; el hijo se despide y ella alcanza a mencionar la medicina. En la semana, responde él. Martina no sabe si el hijo oyó o fue sólo la promesa de otra llamada.

Se sienta a ver la tele. Ayuda a Canela a subir y le rasca el lomo. Manzana llega con una pelota; Martina la pateo y la perra corre y regresa. Otra vez. Otra...

El lunes le marca al veterinario:

—Señor Sosa, habla Martina, la dueña de Canela... Sí, gracias, hablo para saber si ya tiene la medicina y cuánto va a costar... Sí... ¿Y no hay algún otro lugar que la venda?... Sí, espero..... Sí, apunto... Está algo lejos... ¿Y el precio?... No sabe, muy bien... Sí, yo se la doy y le marco... Hasta luego... Gracias, igualmente.

Canela se acerca y mira moviendo la cola. Martina le sonrío agachándose para acariciarla. A la tercera pasada de las viejas manos por el pelaje, Manzana llega corriendo y exige lo mismo. Una mano en cada perra, pero es a Canela a quien dice:

—Vas a estar bien. Vas estar bien. Las tengo que bañar, ya están más grises que blancas, pequeñas.

Después de limpiar su cuarto, la cama y el buró con fotos en blanco y negro de su esposo, lava los pocos platos usados en el almuerzo. En el estante de madera junto al comedor, abre la ventanilla y de la azucarera de porcelana saca 100 pesos, los últimos; una liga antes sujetaba varios billetes. Lo mete en su monedero —apretado con otro del mismo valor— junto con el cambio de ayer. De la mesa toma dos de los cuatro boletos de metro que tiene. Manzana se emociona y ladra, corre a la puerta. Canela sólo llega a la mitad, pero el movimiento de cola no falta.

—Luego. En la noche salimos, ya saben.

Cruza la plaza, con la réplica del David, y entra a la iglesia. Se persigna y le reza a la primera virgen a la izquierda, con un manto blanco y cara de sufrimiento. Se vuelve a persignar y sale ligeramente más confiada de que va a conseguir la medicina.

Transborda una línea y llega a la vacía veterinaria a unas cuadras del centro de la ciudad. Saluda y explica la referencia de su veterinario y pregunta por la medi-

cina. La joven que atiende ve el papel con la dirección donde se encuentran y, más abajo, el nombre. Le dice que un momento. Martina olvida preguntar el costo.

El veterinario se presenta. Ella lo saluda y vuelve a explicar, entregando la hoja. Él la mira y asiente. Se pierde tras una puerta y regresa dos minutos después con una cajita. La entrega diciendo el precio. Es el doble de lo que contiene el monedero. La virgen, allá en la iglesia, no se mueve.

Al ver la mueca de angustia, el veterinario dice unas palabras tratando de ser condescendiente respecto del precio. Martina se disculpa y regresa la caja. Un gracias y dos hasta luego; medias sonrisas.

En la sala, Canela se aburre de ver a Manzana jugar a destruir una bolsa de supermercado.

Martina regresa en hora pico. Hace fila de 23 personas para meter su boleto. Baja sujeta del pasamanos y un señor la golpea con un portafolio. Al llegar al andén, un vagón trata de cerrar las puertas, pero el portafolio del señor obstruye. Empuja, una queja, y el vagón se va. Martina espera al siguiente con más gente que baja y se pone frente a ella sin dejarla subir. Será al que sigue.

Dentro, va de pie, pues todos los asientos están ocupados. La mochila de una joven se recarga en su espalda. Las ventanillas cerradas y el señor al lado que suda. Algo de la mochila se incrusta en ella haciéndola doblarse sin lograr acomodo. El vagón se detiene algunos minutos. Cuando reanuda la marcha, su mano resbala un poco por el tubo del que se sujeta. Cambia de mano y se limpia la palma impregnada del sudor de cientos de viajeros a lo largo del día.

Transborda y es peor; de nuevo de pie, apenas logra sujetarse con tres dedos. Cada vez que el vagón frena, se recarga en la panza, enorme, naranja deslava-

da, del viajero contiguo. Baja. El que suda también. O éste es otro, todos iguales. Camina para alejarse: el olor es insoportable.

La virgen la escucha rogarle por ayuda para conseguir dinero.

Las perras no la ven en la calle, pero desde que escuchan las pisadas fatigadas por las escaleras saben que es Martina y ladran. Manzana rasca la puerta.

—Ya vamos, ya vamos.

Les pone sus correas. Manzana corre a la salida, Martina mejor le quita la suya a Canela, la carga y le hace mimos.

—Vas a estar mejor, vas a estar mejor.

El martes la liga sigue sin sujetar ningún billete. El monedero sigue con los que ya estaban.

El miércoles, a mediodía, su hijo le llama y comenta que pasará a visitarla, que ahorita está ocupado, nos vemos al rato.

El jueves, visita de la casera; Martina explica:

—Doña Tita, buenas tardes, mire, me da mucha pena, sé que a más tardar el lunes debí pagarle lo del mes, ayer vino mi hijo, ya tengo el dinero. Es que fíjese que ya sabe que tengo dos perras, sólo que una de ellas está malita, tiene unas semanas así, la llevé con el veterinario aquí a la vuelta ¿ya sabe dónde? Fui con él y me dijo que le comprara unas medicinas. Tomé los poquitos ahorros que tengo y fui a una veterinaria allá al centro donde me dijeron que tenían la medicina pero el precio... Mi hijo trabaja mucho, en estos años casi no ha faltado para darme lo de mis gastos, pero ya sabe cómo está la situación y él tiene gastos, su mujer le qui-

ta mucho por lo de la pensión. Yo le expliqué lo de mi Canela, pero no pudo darme más dinero, la medicina es cara. Mire, me da mucha pena decirle esto, sé que ya antes me ha perdonado lo de algunos meses... Yo puedo hablar con mi hijo, el próximo mes él podría darme más de lo que generalmente me da. Me urge comprar la medicina, doña Tita. ¿Podría pagarle la mensualidad el mes que viene? Le pagaría las dos, no sabe la pena que me da pedirle esto, pero es que mi Canela...

El viernes le habla a su hijo:

—Hola Toño... Bien... Sí, ya sé que estás ocupado... Mira, hablé con la casera... No... Necesito dinero para la medicina de Canela... Sí, ya sé... Sí, no te enojés... Pero me dijo el veterinario que la necesita ya... Bueno... Sí, entiendo... Sí, ya sé... Bueno, a ver de dónde lo consigo... Sí... Adi...

El sábado transcurre, ella jugando la mayor parte del día con Manzana y acariciando a Canela. Pasearon más tiempo del usual.

El domingo hay mercado...

El lunes...



**Caigo-Desaparezco**  
*Adagio. Melancólico.*

*La esperanza tan dulce  
tan pulida tan triste  
la promesa tan leve  
no me sirve  
no me sirve tan mansa la esperanza.*  
Mario Benedetti

El pretexto<sup>1</sup> es que no pasan nada bueno por la tele; los jueves en la noche muchos los aprovechan para salir de copas, a pesar de las ojeras del día siguiente que inundarán los despachos, y creo que las televisoras lo saben: puro programa para gente grande. El pretexto es también que desde aquel día, hacía dos semanas, no había hecho ejercicio y últimamente era mi única razón para salir, eso y hacer las compras de comida; las bondades de trabajar desde casa y que la empresa sea seria a la hora de mandar el cheque a tiempo. Uno último (aunque ya no estaba tan seguro porque es un PRETEXTO, así, con mayúsculas), que hasta me da pena admitir, es ver si aún está un especial de lencería que vi hace un mes en la FNAC; en ningún quiosco estaba, y todavía es más o menos temprano, atardeciendo y con buen clima.<sup>2</sup>

---

1 Siempre he sentido la necesidad de tener uno, quizá eso me haga estar más tranquilo de conciencia, como si fuera algo malo hacer las cosas impulsivamente, por el mero gusto de hacerlas sin ninguna razón aparente, aunque en el fondo, sepa que así es.

2 Las ventajas de abril y septiembre son que hacen más apetecible el salir, ya que oscurece entre ocho y nueve de la noche y el clima es propicio para andar de jeans y camiseta, sin el apuro de que una helada, o un chapuzón inesperado, te hagan regresar a casa; aunque así haya sido como la conocí hace tantos años. ¿Qué más da?

Creo que es luego de dos o tres minutos fuera cuando me doy cuenta que quiero caminar, no tomar el metro; eso constituye una prueba irrefutable en el juicio hecho a mí mismo (yo acusado, yo defensor, yo juez, yo juzgado), de que lo que a mí me pasa es melancolía. Sentencia: tiempo, tiempo sin fuerzas, tiempo sin ganas, tiempo pensando en ello una y otra vez hasta que, como siempre, el mismo tiempo diga venga, vale ya de tanta melancolía y esa mañana me levante con los ánimos, si no altos, por lo menos los estándar de cada día.

Bajando por General Ricardos hacia el Vicente Calderón, advierto la desgracia que tiene el trabajar desde casa: básicamente me veo como un ermitaño. Sí, muy buena la independencia económica y la independencia de las garras de una oficina. Pero en lugar de encontrarme pleno, me siento un periódico de tres días que nadie ha levantado y sigo volando hasta que alguien me tire al cubo de la basura. ¿Amigos? Sí, cada quien haciendo su vida y muy ocupados en construirla como para voltear a verme.<sup>3</sup> No sé si salí de casa porque estoy pensando demasiado y dándole tantas vueltas al asunto, que mejor estar fuera, a caminar y ver la ciudad y no pensar en nada. No sé si salí porque he pensado muy poco en ello y necesito aire para pensar más y empezar a aceptarlo.

De súbito enfilo rumbo al estadio y compro unos boletos para el partido del domingo. Partido intrascendente, pero vale la pena por el llavero rojiblanco que dan en promoción.

---

<sup>3</sup> ¿Realmente me puedo quejar? Hace tres semanas yo estaba igual. Sí, sí, se han preocupado por mí y me han hablado, pero el haberlos visto dos veces y uno que otro mensaje no ayuda. Pero ¿les puedo pedir más? ¿No van a ser así las amistades de ahora en adelante? ¿No me he empujado yo a esta situación de la cual me quejo? ¿Podría ser de otra manera?

El cielo y los atardeceres a diario se lucen: más ámbar, más púrpura, más azul, más luna.

Llego a Callao. Nunca me canso de tanta gente. Subo en la FNAC ocupando, como en el metro, el lado derecho de la escalera eléctrica. Todavía aquí hay quienes suben y bajan por la izquierda como si se les fuera la vida y las rebajas en ello. Miro hacia abajo, al hueco que se forma entre quienes se elevan y los que descienden. Un abismo metálico de fondo inseguro ¿en qué piso me detendré si me tiro?<sup>4</sup>

Salgo deteniendo la puerta por si alguien viene detrás. Nadie. Se la sostengo brevemente a una chica guapa que, al entrar, me sonrío y me da las gracias. Le contesto la sonrisa y de reojo le miro las tetas sin sostén. Me contengo para no obedecer al instinto y verle el culo. Siempre me han molestado esos tipos que en la calle no les importa estar a la vista de todos y que aún así vuelven la cabeza a ver a la desconocida y perdida para siempre con la que se acaban de cruzar, ¿cambia en algo su vida por saber la redondez de las nalgas de cuanta mujer hay en la calle? ¿Eso los hace mejores personas, les hace siquiera el día? Hay un cierto grado de patetismo que prefiero no pasar... aunque le haya visto de reojo las tetas sin sostén.

Bajo a Sol y hacia la calle Mayor. Hasta La Mayor, que antes frecuentaba con los compañeros. Es un lugar de esos, tantas veces visitado, de la mano de ella, que creo no me traerá recuerdos especialmente doloro-

---

4 Siempre he querido acostarme en el pasamanos de la escalera eléctrica mientras avanzo. En mi defensa puedo decir que no lo hago porque no quiero pasar algunas horas en la comisaría, aunque aquí es el mismo engaño, la verdad es que no me atrevo a ser espontáneo. La relación costo-beneficio con peligro-impulso me detiene y pienso demasiado las cosas. El día que lo hice no cuenta, estaba muy crío y mi padre me sujetaba del pantalón.

sos, más bien buenos, de todos juntos, aunque aun así haya un dejo de tristeza.<sup>5</sup>

Entro y busco a Ferrero al fondo de la barra, no está; sólo un hombre y una mujer que se ve están engañando a sus parejas y unos señores hablando de lo de siempre, repitiendo los mismos puntos de vista. Ya podrían intercambiar boinas, ser ahora el compañero y opinar exactamente como lo haría el interpretado en materia de fútbol y política.

Me siento en el penúltimo espacio. Pido una caña y una ración de chorizo. Es difusa la imagen del espejo enfrente. El de aquí sabe la realidad. El de allá quizá sólo espera mientras ella regresa del baño, ahora, en cualquier momento, llegará. El de aquí poco a poco en estas dos semanas de encierro va tejiendo seda que (¿luego de semanas? ¿Meses?... ¿Años?) se convertirá en metal para no olvidar que estoy solo, no eternamente, eso espero (eso sé, tampoco soy tan dramático, no todo es blanco y negro), pero no con ella (¿eso es con bemoles o es sostenido?). El de allá voltea hacia la entrada, quizá Ferrero llegue. El de aquí también, quizá también. El de allá mira al baño, ya se ha tardado, pero la inseguridad no aparece, es cuestión de tiempo que ella lo haga. El de aquí mira calculando si va ahora o aguanta hasta beberse la caña.<sup>6</sup>

Dejo la mitad del chorizo y pago. Tiro las servilletas, a juntarse con las que se han ido acumulando

---

5 Me gustaría, también, no ser tan racional. A todo le ando viendo las medias tintas y los tonos grises y los bemoles o sostenidos. Me gustaría ver las cosas en sí y no, en blanco y negro, en Sol y en La ¿Por qué me escondo bajo opiniones donde “todo depende de la situación”? Pues claro que siempre es así, imbécil.

6 Qué injusto soy. Hace unos años, después de haber ido a un puticlub con los amigos, me hice una paja en estos baños; eso sí fue espontáneo. Lo que hace ir a un puticlub sin los euros suficientes...¿será que no la cuento porque no acabé?

durante horas. A ellas las barrerán. A mí me tiraron al cubo hace dos semanas y fue hoy cuando me empecé a sentir etéreo. Dejo la propina. Apuro el último trago, el de la felicidad, dicen, o eso sólo es con el vino, con la cerveza es amargo. Veo mi reflejo a través del vaso. Así sí se puede ser optimista: me repito en ojos, vaso y espejo infinitas veces, quizá alguno sí tenga suerte y esté acompañado de ella. Salgo.

Me quedo un rato junto al hombre de cobre que mira, todos los días, las ruinas valladas de lo que fue una iglesia. Leí no sé dónde que lo malo del cobre es que no reproduce satisfactoriamente las sonrisas. Es cierto: este hombre parece burlarse.

Paso por la Catedral iluminada y el Palacio iluminado. Ya no hay tanta gente fuera. Un grupo ve un espectáculo callejero. Me detengo. Me río.<sup>7</sup> Hay media luna pero se alcanza a distinguir el contorno completo, parecen dos: una orgullosa media leche, otra insegura medio vacía. Camino entre las estatuas, alguien dejó un periódico en una banca. Los titulares hablan de la última trama de espionaje entre partidos, del nuevo líder vasco jurando en Guernica y del alza en la vivienda. A estas horas no me apetece hacer la buena acción de la noche y dejarlo en la banca para otro improbable transeúnte, así que lo tiro al cesto de basura. Ya lo llevarán luego al cubo, le digo a una estatua que parece reprocharme. Es lo malo del mármol, reproduce mejor los gestos.

---

<sup>7</sup> No se me escapa que es la primera vez que me río. No todos los días han sido así, quiero aclarar. Es más, la fatalidad que me ronda hace que me esfuerce el triple en encontrar situaciones cómicas; no es que al mal tiempo buena cara, simplemente creo que en el vaivén de sentimientos, mi estado ayuda para que a las más pequeñas situaciones irrisorias les intente exprimir siquiera media sonrisa. Ha funcionado y me da gusto y me desconcierta ¿por qué en la mencionada fatalidad río más?

Subo entre cines-abandono, un hombre-meón en la acera, risas-pijas de tres cuadras abajo, un pordiosero que saca sus cartones-cama de un carro de supermercado, locales de disco-recuerdos con metales-puerta de indecifrables grafitis, tiendas de chinos-españoles que ya cierran, un metro por delante de mí en esta calle-ascenso va mi sombra-desesperanza que evito mirar. Quizá si me atreva a entrar en ella caiga-desaparezca.

Llego de nuevo a Callao y floto por la Gran Vía. Veo los cuartos de hoteles, buscando aquellos iluminados; veo los cuartos de los pisos, buscando aquellos de cortinas descorridas. Recibo tarjetas de rumanos con publicidad de clubes con putas multinacionales. La idea se me pega al cerebro durante dos cuadras más hasta que recuerdo a los que voltean y miran el culo de las chicas. Una joven sale de una calle llorando, cae y apenas la alcanza a sujetar su acompañante. No me entretengo en mirar. También me disgustan los entrometidos, los necesitados del espectáculo ajeno que olvidan sus propios intereses, para satisfacer una curiosidad morbosa y así dar luz a sus vidas.<sup>8</sup>

Trato de distinguir estrellas entre las luces. Un repentino optimismo me sorprende y todo se aclara. Me da pena pensar en las dos últimas semanas desperdiciadas, aunque me calmo diciendo que así será, pero que con el tiempo y con la ayuda de esta ciudad me sentiré mejor hasta que todo sea un recuerdo: ella y yo dentro de una

---

<sup>8</sup> Algo que ayuda a olvidar un segundo después a esta joven, es ver a otra sentada en una banca escribiendo compulsivamente sobre un cuaderno de notas. Es frenético el ritmo con el que pasa los renglones. Estoy seguro de ver las ideas en forma de hilos púrpura bajar enredados y llegar finos a su espacio correspondiente en la hoja. Quiero hablar con ella y pedirle que me deje leer lo que escribe, incluso con la disposición de pagarle por que me permitiera hacerlo. No lo hago, a veces es bueno no ceder a los impulsos. No sé cómo me lo hubiese tomado... ¿Como un acosador?

fotografía sepia que se guarda con cariño en el baúl rojo del ático, junto al polvo, que nunca ves, pero que es imposible desechar.

Ya es de madrugada y aún no quiero ir a casa. Me siento en la banca más próxima que encuentro. Suspiro. Allá al fondo está la Calle de la Luna, la de Cucho. Del otro lado de la acera contemplo a una señora joven de falda corta y escote a punto de reventar. Balancea su bolso. Le responde a un transeúnte que no detiene el paso. Se acerca otro unos segundos y se va. Llega uno nuevo, breve plática y desaparecen por la Luna. La noche refresca un poco, lo cual me hace dudar de que no exista el frío en los meses de abril y septiembre. La señora, la joven, regresa al cabo de un rato y repite las respuestas a quien pregunta, repite el balanceo de la bolsa a quien gobierna. Cruzo la calle. La miro de manera demasiado obvia, tanto, que ella me planta cara y eso me intimida. No quiero tarifas, quiero preguntarle qué siente, no qué piensa, no a futuro, sólo qué es lo que siente en este momento. Imagino tantas respuestas: aburrición, encarcelamiento, necesidad. Me detengo y le sonrío. Ella responde igual y añade: sosiego.

En Cibeles doblo a la derecha<sup>9</sup>. Paso por Neptuno hasta el Prado. Evito a Velázquez. Reduzco la velocidad, me falta aire. Me sostengo de una barda, jadeando. Un señor no sabe si irse o preguntar si me puede ayudar en algo, prefiere lo primero. No hay nada más importante que lo perdido: la ilusión y ella. Lo sé y sólo he estado

---

<sup>9</sup> Me detengo un poco aprovechando la falta de turistas por la hora. Siempre he evitado los lugares-atracción cuando hay gente. Parezco foráneo. Me gusta sentirme pedante y ver estos monumentos por encima del hombro, brevemente, y echar una mirada a quienes visitan con un halo superior de saber que yo tomo el metro y estoy ahí. No necesito un avión ni 15 fotos. Para ellos es un recuerdo; para mí, la realidad.

jugando al melancólico y a que no pasa nada. A que estoy, en el fondo, bien. Pero no es cierto. Imagino con ella a uno de los reflejos: salieron de La Mayor, luego la Catedral, el Palacio, un espectáculo callejero en el que rieron, la Gran Vía y no vieron a la gente con la que se cruzaron, inexistente, porque sólo se oyen y se ven entre ellos, platicaron junto a Velázquez, como tantas veces lo hicimos. Ahí están y eso me deprime aún más. Recuerdo la sonrisa de cobre y el llavero rojiblanco, me calmo un poco por lo desconcertante que es pensar eso en estos momentos. Respiro. Respiro.

Doy unos pasos, me siento flotar. Desciendo junto a un árbol. Uno de limpieza me barre hacia su recogedor.

Hacia el cubo de basura.



## INTERLUDIO

### IV

Hay un momento de silencio en el público. Luego vienen las palmas y hasta uno de tus amigos se da el lujo de chiflar y eso te hace sonreír. Los críticos, como siempre, aplausos leves, algunos nada. Sales y regresas. El protocolo manda, aunque siempre te ha parecido ligeramente ridículo esto de ir y regresar. Lo haces una segunda vez. Alguna pareja allá arriba recoge sus abrigos y enfila a la puerta. Una joven acá abajo contesta un mensaje en su móvil. Das las gracias al público, a la orquesta, de nuevo al público y abandonas el escenario.

La gente sigue aplaudiendo a los músicos cuando tú ya caminas rumbo al camerino mientras Marco te da una botella de agua.

—Pensé que te iba a afectar que ella estuviese ahí... —dice él.

—¿Qué...?

Lo miras incrédulo. Sin siquiera responder algo, regresas rápidamente al lateral para poder ver al público.

—¿Dónde?

Pasas una mano por tu frente, cerrando un poco los ojos para ver entre la gente que sigue de pie batiendo palmas. Marco te señala un lugar en el otro extremo del recinto, sección A, serán unas diez filas arriba: ahí está tu esposa. Alcanzas a verla con un saco color marfil, el cabello hasta los hombros, un poco más largo comparado con la última vez que la viste hace dos años.

Y ahora entiendes la pregunta que había en la nota, rebatiendo el tema de los conciertos. No, aún no

sabes qué sucederá, pero no evitas el impulso de sonreír al verla ahí, no evitas el impulso de salir al escenario; ni siquiera te has percatado que traes contigo la botella de agua, que ya no vistes la corbata de lazo. El público eleva aplausos. Ustedes dos se sonríen, se miran. Le comentas algo a los músicos, ellos dan su aceptación y pides a la audiencia un poco de silencio para poder hablar:

—Antes que nada, muchas gracias por haber asistido a esta velada, espero que realmente la hayan disfrutado... Esto no está dentro del programa, pero me gustaría pedirle a la orquesta interpretar una última pieza más. —Miras de reojo a tu esposa, Marco se acerca a quitarte la botella—. Gracias... La ensayamos estos días y de último momento la excluí. Estaba pensada como conclusión a ambos conciertos, una manera de decir que nunca hay que fiarse de lo que parece ser el destino y que la esperanza, inevitablemente como seres humanos que somos y aunque suene cursi, está siempre ahí, acaso podríamos decir que para nuestra fortuna. Decidí dejarla fuera por eso, porque iba en contra de todo lo escuchado hoy. Pero como dije hace unos días en una entrevista, me hacía falta una señal. —De nuevo cruzas mirada con ella, sonriendo; te contesta de la misma manera, aún más, quizá—. Para poder seguir creyendo.

## **Esperanza**

1. Supe lo que pensabas al verte dentro del café.  
*Allegro. Con anima.*



## Supé lo que pensabas al verte dentro del café

*Allegro. Con anima.*

*Se llega a un punto en que no hay nada más que la esperanza, entonces descubrimos que aún lo tenemos todo.*

José Saramago

Y sí, qué quieres que diga, que no es tu culpa, que desde la acera de enfrente decides todo, cuando comienzo a cruzar, bajo el pie a la calle, piso el asfalto mojado, giro hacia la izquierda la cabeza y apuro el paso. Te da tiempo de pensar en lo que haces, en lo mío, lo bueno y lo malo, más lo malo, aunque quizá no, quizá lo bueno porque sea más, pero lo malo es tan devastador. Del otro lado regreso a la banqueta y sonrío desde fuera, mientras tu humo sube; yo entro y ahí está mi sonrisa y la chaqueta que me quito de los hombros. Doy las buenas tardes, aunque afuera todo es azul oscuro casi negro; las farolas ya llevan tiempo prendidas, y llega el instante en que sabes que la noche será larga (y lo malo es tan devastador).

El expreso que se prepara en la barra me dice que en un momento. No ves sino la culpa, la densa ceniza que tiras mientras qué hago yo sino aparentar normalidad e intentar hacer de ese beso en la mejilla algo casual, dolorosamente consciente de que volverías la cabeza a la chica que viene con el menú de bebidas, si trato besar ese punto central entre tu nariz y tus ojos, como era nuestra costumbre hace tan poco tiempo. Me das espacio para sentarme y ver el lugar, dos o tres frases hechas mientras el frío de afuera me deja.

Me miras quizá pensando que sabes que no me gusta este clima. Que no es cierto que el frío se quita y el calor no. A veces el que importa, el de dentro, no se

va. Pido un café con algo diferente, para que cuando nos vayamos recuerde ese café como el de la despedida y entonces nunca más beberlo.

Hoy es 30. Me percato cuando veo el precio. Vaya día para esto. ¿Sabes qué es lo peor? Que creo que podríamos seguir así por tanto tiempo. No sé qué contestar; en especial por ese tanto, tan lento. Bajo la mirada y no lo entiendes, esperas algo, una reacción. No, no fue por cobardía, no fue por no enfrentarte diciendo que no, que no más. Fue un no saber qué decir por no poder estar más de acuerdo.

De nuevo con frío, giro la cabeza hacia la chaqueta. Sorbes un poco de café viendo a la calle. Lo bajas y un poco de azúcar. Un poco. Otra vez a los labios, ahora viendo hacia mí. Pero no es a mis labios como me gustaría. Es a mis ojos, a la cara, esperando que diga algo. Hoy es 30. Asientes con la vista en el sólido líquido amargo entre tus manos. La chica que atiende llega con el mío (y lo malo es tan devastador). No, nada más, gracias.

¿Qué hacer? La mesera trae blusa blanca con sostén negro. Así vestías la primera vez: jeans, chamarra, dos piquetes, uno de araña, más grande y blanco, y otro de mosquito, rojo y que aún te daba comezón, colocados uno en el antebrazo y otro en el interior del muslo, que no me cansé de besar; tu ombligo, pashmina oscura, zapatos, una mancha de nacimiento, uñas sin pintar, bragas, y un aire sencillo cuando estuviste desnuda. Digo esto último en voz alta. Ambos vemos hacia la mesa, pensando en ese día, cuando nos dimos cuenta que al romper la barrera física de la ropa de calle, la barrera emocional cuando desnudos —antes del sentir, de la lengua y el estar dentro—, nos detuvimos, de frente, y nos miramos a los ojos durante cuántos respiros, hasta que los latidos llegaron al mínimo y dedo a dedo nos acer-

camos, y entonces el sentir, la lengua y el estar dentro, y repetirnos que todavía estábamos a tiempo de parar, pero se venían encima los espasmos, cerrar los ojos y las manos, apretar las piernas, mojarnos, y no podíamos parar, conscientes de lo que entregábamos y que quizá llegaría un día, hoy, de tazas y jazz suave, agradeciendo el sonido de afuera que diluye el espeso silencio del café (y es tan devastador).

Un claxon. El taxi detrás de una camioneta no ve que ésta se ha detenido porque un señor ayuda a cruzar a un anciano. Empiezan los gritos. Todos en el café vemos la escena, las contestaciones y señas de la camioneta. El anciano cruza. El que le ayudó le grita al taxi, quien se ve ridículo haciendo rugir su motor y no avanzar más rápido de lo que podría uno al caminar. El anciano entra. La chica que atiende lo saluda. Él contesta y le pregunta por lo de la beca. Ella dice que la próxima semana, que si lo de siempre; y él, sí, gracias.

Volvemos la atención a nuestra mesa y nos encontramos sonriendo. Un último sorbo a las bebidas, porque no sabemos qué hacer con lo espontáneo de nuestro gesto. Entonces mejor más humo y más fondo de jazz. Pero tampoco esperábamos que el señor se sentara a un lado. La chica le trae una taza y un vaso de agua. Nos pregunta si algo más. Ambos dudamos si pedir ya la cuenta. Al regresar hacia su barra, el anciano la detiene. ¿Te he contado que yo siempre venía a este café con mi esposa, cuando vivía? Ella ve a una pareja que se besa al fondo; tiene tiempo, nosotros no queremos nada, se sienta con él. Sí, don Roberto, pero me gusta que me lo cuente. Aquí y en su estudio, frente a la máquina de escribir, es donde logro los recuerdos más reales, puedo verla, viva.

Lo escuchamos con nuestras tazas vacías.

Pero aún te quiero, dice alguno de nosotros (quizá lo bueno porque sea más). Nos miramos. Y movemos la cabeza con un no, sonriendo.

Y sabemos.

Y sabemos que las farolas están prendidas, que estamos sonriendo. Y la noche será larga (quizá lo bueno).



## FINAL

### V

Hace cuarenta y cinco minutos que estás ahí en el camerino. La sala está vacía, mañana tienes más entrevistas y la próxima semana se repetirán los conciertos. Tienes la nota en las manos, no has podido dejar de mirarla y, aunque aún no sabes bien qué pensar de ella, hay un cambio de ánimo en ti.

Marco entra.

—¿Qué, sigue en pie lo de ir a festejar?

—No, salió algo, un compromiso —dices con una gran sonrisa.

—Me lo imaginaba ¿será una noche larga?

—Quizá lo bueno... —te despides tomando la levita y sales hacia el insondable destino, la latente esperanza.



Impreso en México  
por Impresora Múltiple  
Saratoga 909, Col. Portales,  
C.P. 03300, México, D.F.

La presente obra se terminó de imprimir el día 16  
de octubre de 2013 en México, Distrito Federal.

